



Universidad Finis Terrae
Facultad de Humanidades y Comunicaciones
Escuela de Literatura

**Crónica de un desastre anunciado:
Desastre y neoliberalismo en dos crónicas sobre el 27F**

Tesis presentada a la Escuela de Literatura de la Universidad Finis Terrae para optar al
grado de Licenciada en Literatura con mención en Edición de textos

Estudiante: Diana Blanco Galleguillos
Profesor Guía: Gustavo Carvajal

Santiago, 26 de diciembre de 2022

Índice

Introducción	4
Capítulo 1: Marco teórico	
1.1 Aproximaciones teóricas al concepto de neoliberalismo	8
1.1.1 Antecedentes del modelo neoliberal: Panorámica genealógico-social global	8
1.1.2 El caso chileno: Instalación del neoliberalismo y alcances sociopolíticos en Chile	12
1.2 Consideraciones teóricas sobre el concepto de desastre: Perspectivas, factores y evolución	19
1.3 La crónica: Orígenes y características	29
1.3.1 La crónica, género inclasificable y predominantemente latinoamericano: Antecedentes y evolución	29
1.3.2 La crónica como género híbrido: Nexos entre literatura y periodismo	32
Capítulo 2: Análisis crónica 8.8 <i>El miedo en el espejo. Una crónica del terremoto en Chile de Juan Villoro</i>	
2.1 Construcción social del riesgo: La “irresponsabilidad exculpatoria” de empresas privadas	36
2.2 <i>Striptease</i> moral y neoliberal: Los desastres como evidencia de la doble moral junto a la vulnerabilidad y desigualdad social	42
Capítulo 3: Análisis crónica 27F. <i>Los otros damnificados. Crónicas de una periodista en práctica de Natalia Sánchez</i>	
3.1 Medios de comunicación y tratamiento de la información: Vínculos entre neoliberalismo, periodismo y desastres	52
3.2 Militarización como mecanismo de control social en el contexto post-desastre: Estrategia neoliberal que complejiza la democracia	57
Conclusiones y proyecciones	66
Referencias bibliográficas	69

Resumen: En esta tesis se examinan las formas en que las crónicas *8.8 El miedo en el espejo. Una crónica del terremoto en Chile* de Juan Villoro (2010) y *27F. Los otros damnificados. Crónicas de una periodista en práctica*, de Natalia Sánchez (2014) ofrecen una interpretación radical sobre los hechos ocurridos en el marco del terremoto y tsunami acontecidos el 27 de febrero de 2010 en Chile. Para ello, en lugar de atender únicamente el factor emocional, la perspectiva personal y el componente testimonial incluido en ambas obras estudiadas, se discutirá de qué manera los textos escogidos señalan las características socio contextuales que han impactado la realidad de la sociedad chilena a partir de las nociones de desastre, militarización post-desastre, neoliberalismo y periodismo, nociones que son documentadas a partir de los sucesos ocurridos el 27F. De este modo, las crónicas seleccionadas permiten comprender la noción de desastre como un entramado socionatural, a partir de la revelación de las fallas del modelo neoliberal, un sistema que perpetúa la devastación.

Palabras clave: Crónica, desastre, neoliberalismo, periodismo, 27F.

Introducción¹

En la historia de la literatura se presentan narraciones que reconstruyen, a través de relatos populares o netamente ficcionales, la ocurrencia de sismos y tsunamis, así como también los desastres que estos fenómenos naturales congregan. Al tomar esta idea, se puede advertir que, en el caso de la historia y la literatura chilena, ambas han sido rodeadas por los desastres como hitos que han permeado la existencia del país. Rosa Urrutia y Carlos Lanza en su libro *Catástrofes de Chile 1541-1992* (1993) comentan que narraciones cósmicas sobre los desastres como el mito mapuche-chilote de las serpientes Caicai Vilu y Trentren Vilu, que explica cómo la geografía chilena se distingue por sus condiciones sísmicas a partir del enfrentamiento de estos seres mitológicos que representan las fuerzas terrestres y marítimas (23). De igual modo, el sacerdote jesuita Diego de Rosales (1674) indica que el pueblo mapuche realizaba *nguillatunes*² para apaciguar diluvios, maremotos y terremotos, debido a los efectos desastrosos ocasionados por estos fenómenos (6-7). De esta manera, la representación de los desastres en la literatura chilena precede la conformación del país como territorio de dominio español, revelando que estos hechos son parte de la tradición cultural y geográfica del país.

Es por esto que, siglos más tarde, el cantautor y escritor Patricio Manns en *Los terremotos chilenos* (1972) examina los alcances de los desastres que han marcado la historia sísmica nacional, fundamentando la importancia de educar a la ciudadanía en cuanto a la comprensión de eventos telúricos y preguntándose: “¿Por qué oculta razón no tenemos que ser también los más profundos conocedores de esto que es tan nuestro y que llena de pavor o de curiosidad a tantos otros pueblos del mundo?” (6). De igual manera, el antropólogo cultural Mark D. Anderson (2011) señala que los desastres se constituyen como enlaces bidimensionales que mezclan factores naturales y condiciones de vulnerabilidad que caracterizan a ciertos sectores de la población bajo formas estatales y sociales específicas, condiciones que se reflejan, simbólicamente, en distintas narraciones de la literatura latinoamericana (13). Por ello, resulta imprescindible entender el impacto de

¹ Esta tesis fue desarrollada en el marco del Proyecto Fondecyt de Iniciación nro. 11200225.

² Ritual que se realiza conforme a las tradiciones aprendidas de los antepasados para alabar, pedir o rogar a los cuatro dioses del *wenu mapu* (tierra de arriba) y mantener o restituir el bienestar y equilibrio de los habitantes del *mapu* (tierra) (Catrileo 204).

eventos naturales para vislumbrar los efectos que provocan, los modos de actuar de los ciudadanos, además de las circunstancias que inciden en el afrontamiento de estos fenómenos presentes en Chile y Latinoamérica.

A la fecha, no es posible encontrar mayores estudios sobre el abordaje literario del gran terremoto de 2010 que afectó una extensa sección del territorio chileno y su relación con el contexto en que se enmarcó. Sin embargo, se destacan los aportes de Faride Zerán (2011) quien advierte las formas en que los terremotos en la narración, así como las escalas de Mercalli y de Richter, adquieren para la vida de los chilenos un carácter habitual, debido a que “los hemos transformado en parte de nuestra vida cotidiana, cual termómetro que evalúa las dimensiones de una gripe” (131). De este modo, siguiendo a la autora, los eventos sísmicos son aspectos habituales del país que se revisten de cierta cotidianeidad. En esta misma línea, se destaca el estudio de la relación entre literatura y sismicidad desarrollado por Eduardo Aguayo (2015) en donde contundentemente demuestra en cuentos, novelas y textos de prosa experimental cómo los sismos se constituyen en calidad de “signos de la naturaleza telúrica chilena en cuanto hitos histórico-sociales” (17). Más recientemente, Francisca Márquez, Cristóbal Palma y Carla Pinochet (2020) han explorado el tratamiento lírico de la naturaleza telúrica en poemas de Fernando Alegría, Vicente Huidobro, Gabriela Mistral, Gonzalo Millán, Jorge Montealegre, Pablo de Rokha, Pablo Neruda, Violeta y Nicanor Parra y Jorge teillier, quienes sitúan nexos entre los movimientos telúricos y su componente desastroso como núcleo de la identidad nacional.

En efecto, artículos como los de Aguayo, Zerán y Márquez et. al., demuestran el interés por estudiar la narrativa sísmica chilena, así como el abordaje lírico de estos fenómenos naturales. Sin embargo, estos análisis no se han hecho cargo del todo de la representación de los desastres conforme al contexto sociopolítico que rodea su acontecimiento, sus implicancias en las esferas socioculturales y los factores ideológicos que circundan sus efectos devastadores. Por ello, esta investigación discutirá las diversas formas en que las crónicas 8.8 *El miedo en el espejo. Una crónica del terremoto en Chile*, de Juan Villoro (2010) y 27F. *Los otros damnificados. Crónicas de una periodista en práctica*, de Natalia Sánchez (2014), nos permiten comprender de qué manera las lógicas del modelo neoliberal que circunda a la sociedad chilena, son graficadas en el 27F,

exhibiendo la condición siconatural del desastre acorde al contexto ideológico en el que se enmarca.

Los críticos han alabado estos retratos sobre el desastre y las consecuencias ocasionadas por el terremoto 8.8 y el posterior maremoto del 27F. Margarita Remón Reillard (2016), por ejemplo, declara que en la crónica de Villoro "la experiencia del terremoto y de muerte inminente son un catalizador en un largo proceso de incubación que culmina con el acto de escritura" (83), concluyendo que "encuentra la forma de abordar la experiencia del terremoto de México, aunque sea desde una distancia temporal y espacial, aunque sea desde los márgenes" (84). Julio Zárate (2013) concuerda y afirma que "El sismo, según cuenta Villoro, había reabierto la memoria y el movimiento se vería plasmado en su escritura" (104). En el caso de la crónica de Natalia Sánchez, Faride Zerán (2014) afirma fervorosamente que "La mirada personal, crítica y con un alto sentido ético de Natalia permite leer este libro no sólo en clave de crónica personal, sino a la vez en una dimensión reflexiva acerca del quehacer profesional -el periodismo, los periodistas, los medios- y su relación con el poder" (13). De igual modo, Zerán (2014) señala que "Este texto (...) resulta un aporte para lectores ávidos de estudiar ese momento de nuestras vidas, así como para los futuros periodistas" (14). Estas recepciones académico-críticas sobre las obras analizadas poseen un aspecto común que podemos considerar problemático: no parecen contemplar totalmente los factores ideológicos y sociopolíticos que circundan al terremoto del 27F en cuanto al tratamiento de este evento en el género "crónica", la representación del desastre, la comprensión de este concepto y sus implicancias a nivel social.

Desde esta perspectiva, se abre la posibilidad de ahondar en el análisis transdisciplinario del corpus seleccionado, ya que se combinan los estudios literarios y culturales en torno a la configuración de los desastres como entramados con aspectos sociales y naturales que se desarrollan en torno a las fisuras del modelo neoliberal que permea la realidad chilena. Por ello, la hipótesis de esta tesis es que las crónicas de Natalia Sánchez y Juan Villoro dan cuenta de las lógicas neoliberales, expuestas en el 27F, mediante la conformación de relatos que exhiben la condición siconatural del desastre, aspecto que se evidencia a partir de las estrategias textuales de ambas crónicas analizadas. Así, se pretende demostrar cómo los textos en estudio dan cuenta de las fallas neoliberales

mediante los cruces entre doble moral social, militarización, neoliberalismo, periodismo, riesgo y desastres, entendiendo estos últimos como configuraciones sacionaturales. En este sentido, a partir de las ideas expuestas anteriormente y la hipótesis que rige esta investigación, es ineludible señalar que esta tesis tiene como principales objetivos analizar de qué manera en las obras estudiadas se documenta el factor riesgo-vulnerabilidad como detonante de los desastres en el marco del contexto neoliberal. Además, se pretende determinar la relación neoliberalismo-periodismo-desastres que exponen ambas obras, identificando los componentes que evidencian la aparente irresponsabilidad exculpatoria de empresas acerca de la construcción social del riesgo y estudiar los elementos que ilustran cómo la militarización post-desastre actúa como mecanismo de protección del ámbito privado y atenta contra la democracia.

Cabe mencionar que para el desarrollo de esta investigación se requirió abordar diferentes autores y estudios que sirvieron de guía para delimitar los ejes teóricos de esta tesis en función del análisis del corpus. Entre las divisiones teórico-temáticas que emergen se hallan trabajos referentes al concepto de neoliberalismo, los que se complementan con artículos que explican sus orígenes e instalación a nivel nacional e internacional junto a sus alcances en distintas áreas socioculturales. Asimismo, se proporcionan textos teóricos sobre la noción de desastre, con el objeto de levantar caracterizaciones y definiciones que demarcan cómo estos asuntos son de corte sacionatural, mas no natural. Además, en virtud del género al que pertenecen ambas obras en estudio, se abordan artículos y textos teóricos sobre las crónicas como géneros híbridos que dialogan con elementos literarios y periodísticos, componentes testimoniales y del contexto de producción que circunda la narración. Lo anterior, permitirá analizar ampliamente las crónicas de Sánchez y Villoro, en torno a la combinación de estudios literarios y culturales para demostrar los cruces entre aspectos del neoliberalismo, los desastres y el periodismo.

Capítulo 1: Marco teórico

1.1 Aproximaciones teóricas al concepto de neoliberalismo

En una sociedad como la chilena, que experimentó una dictadura militar entre 1973 y 1990, aspectos como el apagón cultural, el combate a organizaciones sociales, los exilios forzados y las violaciones a los derechos humanos, se posicionan como algunas de las medidas represivas que suprimieron las libertades y derechos sociales de la época. No obstante, la implementación del modelo neoliberal se instala como una de las principales herencias del régimen militar que permite comprender el contexto sociopolítico de aquel período, así como la realidad sociopolítica actual. A fines de la década del 90 y hasta la actualidad, antropólogos, economistas, geógrafos, historiadores, psicólogos, sociólogos, entre otros, han intentado establecer una posible definición sobre la noción de neoliberalismo, además de analizar y explicar su evolución, sus diversas aristas e ideales y estudiar sus efectos en las relaciones sociales, el aspecto sociopolítico de la sociedad chilena, junto a sus implicancias en el urbanismo. Sin embargo, estas aproximaciones han sido generalizadoras en cuanto a sus incidencias en la toma de decisiones respecto del riesgo y la ocurrencia de desastres derivados de eventos naturales.

1.1.1 Antecedentes del modelo neoliberal: Panorámica genealógico-social global

Como marco general sobre el concepto de neoliberalismo y su contexto sociopolítico nacional e internacional, resultan ineludibles los aportes de intelectuales como Kathya Araujo, Antonio Daher, Fernando Escalante, Ricardo Ffrench-Davis, Franck Gaudichaud, Henry Giroux y David Harvey, quienes han esbozado diversos análisis teóricos en torno a los alcances, implicancias, principios y puesta en marcha de esta ideología. Pese a que los estudios sobre el origen y la evolución del modelo neoliberal han situado sus orígenes en su instalación en Chile en el año 1975, resulta adecuado reconsiderar estos antecedentes. En este sentido, se deben contemplar las ideas expuestas por el sociólogo hispano-mexicano Fernando Escalante (2015), quien señala que la creación de este modelo solo fue posible luego de la aplicación de las ideas keynesianas y las críticas

a su teoría económica³. Desde esta óptica, Escalante afirma que la publicación de *Socialismo: Análisis económico y sociológico* (1922)⁴ del economista austriaco Ludwig von Mises, se inserta como una de las primeras publicaciones que esboza una crítica directa al keynesianismo y al socialismo soviético por considerarlos ideologías nocivas que limitan las voluntades individuales y soluciones económicas para la sociedad (33). Así, el autor plantea que Von Mises diseña las primeras bases tendientes a la defensa de las lógicas de mercado, que pretenden distanciarse de las colectividades y redes de protección, ya que funcionarían de manera óptima en la toma de decisiones sociopolíticas respecto de los derechos y deberes ciudadanos o las responsabilidades estatales.

Si bien es cierto Fernando Escalante indica que Ludwig von Mises criticó las ideas keynesianas y socialistas desde una concepción neoliberal, el autor reconoce que en 1944 se sumó una producción textual que propone nuevos lineamientos para combatir los alcances de ambos modelos: *El camino a la servidumbre*⁵ de Friedrich von Hayek. En este análisis, Hayek enfatiza los reparos de Von Mises, exaltando la importancia del mercado: “El mercado es eficiente, más eficiente que cualquier alternativa imaginable, porque puede procesar una cantidad de información que sería inmanejable de otro modo” (Hayek ctd. en Escalante 34). Desde esta perspectiva, Escalante (2016) manifiesta que los planteamientos hayekianos sobre la disminución del rol estatal, derivaron en la fundación de la *Mont Pèlerin Society* (MPS), organismo académico-crítico que enjuiciaba la “supresión de las libertades de la civilización” (39). Así, en los años 70 las reflexiones neoliberales formuladas en esta agrupación fueron afinadas e implementadas en diversas naciones del mundo, incluido Chile.

En esta misma línea, el geógrafo británico David Harvey (2007) establece una síntesis historiográfica que resume los principales valores del neoliberalismo, así como sus características sociales y políticas. Para el autor (2007) la ideología neoliberal se enmarca en lo que pareciera ser “(...) una proclamación de dignidad y libertad individual que (...) se articula como una nueva configuración de gestión y organización económica del mercado,

³ Estas ideas recogen los fundamentos teóricos de John Maynard Keynes, economista británico del siglo XX, expuestos en *Teoría general del empleo, el interés y el dinero* (1936). Su teoría económica pretendía dotar de mayor poderío al Estado en materias económicas luego de la Gran Depresión de 1929.

⁴ Publicado originalmente como *Die Gemeinwirtschaft: Untersuchungen über den Sozialismus* y editado por Gustav Fischer.

⁵ Publicado originalmente como *The Road to Serfdom* bajo la edición del sello Routledge Press en colaboración con la Universidad de Chicago.

la empresa y el Estado” (45). Bajo esta lógica, Harvey señala que los planteamientos de Ludwig von Mises y Friedrich von Hayek se sostienen en la supresión de las libertades que conllevaron las intervenciones estatales implantadas por los regímenes totalitarios europeos del siglo XX, fundamentalmente, el fascismo italiano, el comunismo soviético de la URSS y el nacional socialismo alemán y austríaco (14). Al respecto, el autor sugiere que la libertad neoliberal se manifiesta como una utopía en la cual convergen la defensa de la libertad de empresas y la libertad reducida para el pueblo (Polanyi ctd. en Harvey 16). Desde esta perspectiva, David Harvey diagnostica que el neoliberalismo utiliza como valor fundamental la libertad en función de la violencia, la fuerza y el autoritarismo, de modo que se asemeja a los criticados regímenes europeos del siglo XX que interpela constantemente. Así, las ideas del filósofo Karl Polanyi, rescatadas por el autor, ilustran cómo el modelo neoliberal circunscribe las acciones de la población en torno a su libertad de elección, de mercado y social que se representa como un velo que esconde intereses mercantiles de sectores privilegiados, corporaciones y empresarios que pretenden mantener condiciones favorables de crecimiento y utilidades.

Como puede observarse, el neoliberalismo sitúa sus orígenes en la defensa de las libertades individuales y, al mismo tiempo, en la libertad del mercado. Desde esta lógica, Harvey (2007) expresa que esta ideología se instala como una alternativa que pretendía equilibrar los padecimientos posteriores a la Gran Depresión de 1929, mediante el libre mercado, la explotación y privatización de recursos naturales, la creación de instituciones como la Organización de Naciones Unidas (ONU), el Banco Mundial o el Fondo Monetario Internacional (FMI) que garantizaban las relaciones internacionales y la exclusión de los Estados keynesianos y socialistas de sus filas (16). Sin embargo, el autor indica que la instalación de estos organismos no solo permitió destrabar la economía post-crisis y estabilizar las relaciones internacionales, sino también la propagación de “(...) un proyecto político para restablecer las condiciones para la acumulación de capital y restaurar el poder de las elites económicas” (24-25). De este modo, Harvey argumenta que el proyecto neoliberal crea lógicas que se cimentan en las divisiones socioeconómicas y se sustentan en la financiarización, gestión y manipulación de momentos críticos de las sociedades, mercantilización y privatización además de la redistribución de las riquezas de manera jerárquica.

Pese a que la revisión historiográfica ofrecida por Harvey exhibe los alcances del neoliberalismo en las esferas socioeconómicas y sociopolíticas, se torna pertinente revisar las implicancias de este proyecto en la democracia. En este sentido, el crítico cultural estadounidense Henry Giroux (2006) argumenta que este modelo posee tres dimensiones que embisten la democracia: la mercantilización de valores económicos, políticos y sociales, el uso de la militarización como mecanismo de control social y la subordinación del discurso público a intereses neoliberales. Así, como señala el autor: “La noción de ciudadanía se ha ido transformando en función del consumismo y la política ha sido reestructurada (...) las corporaciones diseñan no solamente la esfera económica, sino también otras políticas sectoriales y el ámbito de lo legislativo, limitando la influencia de la oposición” (74). Ello explica el poder neoliberal en los valores democráticos, pues no solo organiza la economía, sino que también dimensiones como la política, lo social y lo medioambiental mediante su articulación con intereses empresariales que se contraponen al accionar ciudadano, colaborativo y de izquierda (75). Pero el planteamiento de Giroux es mucho más complejo, ya que manifiesta que el neoliberalismo se instala como una visión de mundo que prioriza la lógica mercantil y la instalación de un modelo educativo que propicia la formación de individuos competitivos, consumistas y carentes de autonomía.

A raíz de esta explicación, Giroux (2006) caracteriza a la doctrina neoliberal como una ideología que expande la lógica de mercado a todas las esferas de la vida social mediante “(...) loteos y expropiaciones de terrenos a manos de terratenientes, la instauración de licitaciones para proveer servicios a la ciudadanía, el deterioro del funcionamiento de servicios públicos, la baja de impuestos a grandes conglomerados, la disminución estatal y la falta de fiscalización a grandes corporaciones” (75). De esta manera, el autor identifica que el neoliberalismo se instala como una ideología sociopolítica que permea diversas aristas como la conducta ciudadana y un factor clave que fisura la democracia: el aspecto sociocultural que impacta a los miembros de la sociedad neoliberal. La esencia de esta ideología, sin duda, radica en el consumismo, el lucro y el manejo social como componentes fundamentales de control y bienestar ciudadano, lo que involucra responsabilizar a los individuos de sus elecciones, decisiones y conductas cuando se alejan de ciertas normas y actitudes esperables (76). De esta forma, aspectos como la discriminación, el racismo y la condena a los demás sujetos se instauran como acciones

cotidianas que apelan al individualismo y la poca conciencia de las eventualidades que provocan tales conductas.

1.1.2 El caso chileno: Instalación del neoliberalismo y alcances sociopolíticos en Chile

David Harvey, geógrafo británico citado ampliamente en el apartado anterior de esta investigación, en “La construcción del conocimiento” (2007)⁶, sitúa la consumación e implantación del neoliberalismo “(...) en países como Chile y Argentina en la década de 1970 (...) mediante un golpe militar respaldado por las clases altas tradicionales” (47). A partir de esta afirmación, el autor da cuenta de las primeras manifestaciones del proyecto neoliberal en la sociedad chilena. Para efectos de esta tesis el foco estará en el caso chileno, dado que es el asunto que cruza el objeto de investigación. Por estos motivos, resulta conveniente explicar cuándo se implementó este modelo, qué mecanismos ocupó y de qué manera circunda la realidad. En tal sentido, Harvey comenta que Chile es el primer caso que adopta el neoliberalismo como modelo económico durante la década de los 70, por lo cual el golpe de Estado orquestado por las Fuerzas Armadas y las élites chilenas en complicidad con la CIA estadounidense instauró un régimen autoritario y un nuevo sistema que negoció las deudas con el Fondo Monetario Internacional (FMI), privatizó la Seguridad Social, facilitó la inversión extranjera y generó una aparente disminución inflacionaria que permitió “estabilizar la economía chilena” (16).

De la misma forma, el cientista político francés Franck Gaudichaud (2015), explica el contexto sociopolítico del mandato de Salvador Allende, profundizando la instalación neoliberal tratada por Harvey en *Breve historia del neoliberalismo*. Así, el autor francés expone que, en 1970, Salvador Allende Gossens asume como presidente de la República con el 36,2% de los votos y se convierte en el primer mandatario de la Unidad Popular y representante del socialismo que se instala en una presidencia por vías totalmente democráticas, de modo que su ascenso al poder es catalogado por diversos historiadores como “la vía chilena al socialismo” (16). Esta ruta al socialismo ejecuta una serie de medidas que se ligan con las necesidades populares y sociales de la época como, por ejemplo, el mejoramiento de la equipación médica en hospitales, el impulso de la Escuela

⁶ En el libro *Breve historia del neoliberalismo* (2007).

Nacional Unificada, la creación de becas estudiantiles para alumnos con excelencia académica, el fortalecimiento de la Junta Nacional de Auxilio y Becas (JUNAEB) o la nacionalización de un 80% de empresas y recursos naturales como el cobre en 1971 y la expropiación de terrenos que profundizó la Reforma agraria iniciada por el expresidente Jorge Alessandri en 1962.

Al respecto, Gaudichaud (2015) afirma que la llegada del socialismo democrático a Chile es embestida el 11 de septiembre de 1973 por la irrupción de un “(...) periodo de terrorismo y destrucción de todos los espacios democráticos (...) cuyo principal objetivo fue de aniquilamiento del movimiento obrero y revolucionario” (15). Por tanto, comenzó una etapa dictatorial angustiante, compleja y sombría en la cual la represión y violencia sociopolítica adquirieron un rol preponderante, pues no solo se fracturó la tradición democrática nacional, sino también la dimensión social, la esfera estatal y los cimientos del área económica. Sin embargo, una de las medidas impuestas por la dictadura chilena que se mantiene hasta la actualidad es la instalación del neoliberalismo como nuevo sistema socioeconómico. Según Gaudichaud (2015) en el año 1975, se inicia una fase de reestructuración económica que recoge las ideas de una agrupación de economistas chilenos con estudios postdoctorales en la Universidad de Chicago, los denominados “Chicago Boys”⁷. De esta manera, la implementación de este nuevo modelo trajo consigo una serie de medidas económicas y sociopolíticas que se encargaron de erradicar las decisiones y estrategias promulgadas durante la administración allendista:

Entre 1978 y 1981, la Junta realizó reformas estructurales, base de la sociedad actual: ley laboral limitando drásticamente la actividad sindical (1979); liberalización de la propiedad y mercado de la tierra; privatización del sistema de pensiones (creación de las AFP) que dio un impulso esencial a la financiarización de la economía (1980); nueva Ley minera abriendo el país a la concesiones transnacionales (1981); ley general de Universidades y proceso de municipalización de la enseñanza básica y media que termina, al

⁷ “Chicago Boys” es una denominación que hace referencia a un grupo de jóvenes economistas chilenos formados en la Pontificia Universidad Católica de Chile entre los años 1960 y 1970, que cursaron estudios de postgrado en la Universidad de Chicago al alero de las ideas de los economistas neoliberales Milton Friedman y Arnold Harberger. Para más información se recomiendan el documental *Chicago Boys* (2015) y el libro *Chicago Boys* de Sergio de Castro (2016).

final de la década, en un proceso de mercantilización de la mayoría de los estratos educativos (16).

Si bien las privatizaciones se posicionan como las principales medidas adoptadas por la estrategia neoliberal, la real “revolución capitalista (...) neoliberal-conservadora” (17) se expone en el rompimiento abrupto del modelo económico socialista de la UP. Esta destrucción del proyecto allendista incluyó una defensa de los intereses de las clases dominantes, configurando un modelo sociopolítico-económico que germina como una reacción de los sectores acomodados amenazados por las políticas impulsadas por el gobierno de Salvador Allende. De esta forma, el autor afirma que el modelo neoliberal chileno se instaura como un arquetipo socioeconómico en el que convergen el dominio del mercado, la racionalidad económica, la reformulación de la sociedad, el poder de las Fuerzas Armadas, el Estado subsidiario, la creación de una nueva Constitución, la desigualdad económico-social y la resistencia de las burguesías a modificar el modelo económico imperante.

En esta misma línea, Franck Gaudichaud (2016) profundiza algunas de sus ideas, pues expone que en 1989 el régimen restauró diversas libertades suprimidas para comenzar paulatinamente el abandono del poder, desarrollando múltiples negociaciones con sus colaboradores y las coaliciones políticas de la Concertación de partidos por la Democracia, instancias que permitieron la elección de Patricio Aylwin como el primer presidente chileno, luego del fin de la dictadura (15). Desde esta perspectiva, la nueva democracia inició un periodo en el que medidas instaladas por la junta y los tecnócratas coexistieron con los poderes, atribuciones e instituciones recobradas democráticamente. Así también, Gaudichaud (2016) comenta que esta nueva forma democrática se desarrolla bajo el concepto de “democracia protegida” acuñado por Jaime Guzmán, abogado, académico de la Pontificia Universidad Católica de Chile, asesor del régimen, exsenador e ideólogo de la Constitución de 1980, quien establece que el tránsito hacia una democracia solo se realizaría al conservar el derecho de propiedad por sobre los intereses ciudadanos generales, de modo que las Fuerzas Armadas se subordinarán a la democracia, pero recuperarán su dominancia ante cualquier desorden, eventualidad o necesidad política. Además, la Constitución establece la promoción de las elecciones como procesos

democráticos y la renuncia a una Asamblea Constituyente que reemplace la Carta magna promulgada en dictadura.

Así, Gaudichaud expresa cómo el neoliberalismo continúa organizando la realidad sociopolítica nacional, pues indica que, por ejemplo, el rasgo neoliberal más notorio que se mantiene es el dominio del mercado como principal elemento hegemónico de la sociedad (16). De este modo, la mercantilización dominante se enlaza con la desigualdad económica que continúa siendo un problema no resuelto dentro del país, por lo que la “democracia protegida” (16) de Guzmán constituye una de las trampas de la etapa de transición política que, entre otros sucesos, provocó situaciones criticables como los cargos políticos y armados de Pinochet en el ejército y el parlamento. De este modo, el caso chileno se encuadra en lo que se denomina “Neoliberalismo periférico radical” (25), una forma neoliberal que envuelve las diversas esferas de una nación, aún después del régimen autoritario y perpetúa injusticias sociales que posicionan al Estado como un ente que rinde servicios al mercado disminuyendo su libertad de acción (25-26). Desde esta lógica, se propicia la alineación de sujetos mercantilizados que se alejan de la política, el pensamiento crítico, la continuidad de su formación educativa y se instalan como consumidores o clientes competitivos que adquieren bienes, productos, servicios y se aíslan de todo tipo de vínculos sociales y situaciones colectivas ajenas al consumo.

A partir de los aportes de David Harvey y Franck Gaudichaud sobre la instalación del neoliberalismo en pleno apogeo dictatorial, resulta necesario ahondar en las influencias de esta ideología en materia económica hasta el año 2000. Según Ricardo Ffrench-Davis (2002) la llegada de tecnócratas neoliberales al régimen cívico-militar produjo la implementación de una serie de políticas económicas que pretendían liquidar gran parte de las organizaciones sindicales, liberalizar el mercado financiero, reducir el sector público, restringir el accionar de empresas públicas o ligadas al Estado, restituir corporaciones, empresas y terrenos expropiados a privados e implementar una reforma tributaria que comprimiera la intervención estatal en la promoción de la inversión y la industrialización (598). No obstante, la estrategia neoliberal se vio obstaculizada por cuatro eventualidades: la hiperinflación que alcanzaba un 600% en 1973, la desvalorización de la moneda nacional y el desplome del valor del cobre que se sumó a la crisis del petróleo de 1975. De este modo, las medidas de control económico ejercieron una contracción fiscal que redujo la

totalidad del gasto público y se incrementó la recaudación de impuestos ciudadanos que, simultáneamente, se enlazó con el aumento de la privatización y el retorno de empresas privadas al país.

Si bien es cierto la economía de fines de los años 70 y principios de los 80 alcanzó cifras esperanzadoras, la exportación tuvo un déficit que desencadenó una crisis recesiva en la que el PIB de 1981 y 1982 cayó a 14%. Estos desequilibrios económicos en plena dictadura no solo revelaron ciertos fracasos del modelo neoliberal, sino que también demostraron cómo el régimen dictatorial flaqueó y dio paso al malestar social que generó protestas, manifestaciones y críticas de diversas coaliciones políticas (599). Por ello, se establecieron medidas como la liberalización y privatización de empresas, el aumento de la desregulación por parte del Estado y el crecimiento de la desigualdad social. Contrario a lo esperado con el retorno a la democracia y la elección de Patricio Aylwin como presidente en 1990, el modelo se mantuvo, estableciendo una continuidad que experimentó modificaciones en torno a la inclusión de trabajadores y sindicatos en la toma de decisiones macroeconómicas que derivaron en el envío de proyectos, reformas y acuerdos al parlamento que se anexaron a medidas económicas como la Reforma tributaria de 1990 (602). No obstante, este conjunto de políticas económicas implicó el aumento de tasas de interés con el fin de recuperar los ajustes perdidos luego de las implementaciones de 1990, de modo que el déficit se mantuvo en un flujo sostenible que conformó una estabilidad macroeconómica general.

Tal como se advirtió anteriormente, French-Davis (2002) expone que la llegada de la democracia no implicó grandes cambios para el modelo neoliberal. Pero, en 1994, el crecimiento del PIB sobrepasó el 7%, configurando una especie de bonanza económica que contempló un equilibrio macroeconómico en el que se frenó el impacto de la crisis económica mexicana de la época. Sin embargo, entre los años 1996 y 1997 se produjo un descontrol que implicó flujos capitales excesivos, ajustes recesivos y la disminución de la demanda agregada que se repuntó con el alza del PIB (1990-2000) al 6%, de forma que, siguiendo a French-Davis “Otro gran desafío, luego de algunas oscilaciones entre el enfoque neoliberal y el de crecimiento con equidad, es reencontrar el modo de volver a los equilibrios macroeconómicos sostenibles y así contribuir a recuperar tasas altas de inversión productiva” (608). Los descontroles económicos experimentados durante el

gobierno de Frei Ruiz-Tagle (1994-2000) fueron revertidos de manera oportuna. Esto consideró el entrecruzamiento del neoliberalismo y el crecimiento con equidad, facilitando un desarrollo vigoroso que estabilizó internamente la economía chilena.

Después de haber descrito cómo el proyecto neoliberal efectuó una continuidad sin mayores transformaciones hasta el año 2000 en Chile, es imprescindible examinar qué implicancias tiene, por ejemplo, en dimensiones como el aspecto inmobiliario y urbano o lo socioafectivo. Antonio Daher (2001) afirma que la toma de decisiones respecto del urbanismo, el cuidado medioambiental y la defensa de los suelos ha significado un proceso puramente mercantil. Así, la administración neoliberal de la ciudad en todas sus esferas contempla la asignación errónea de recursos destinados mayoritariamente a áreas socioeconómicas pudientes, relegando así a sectores populares o con altos índices de vulnerabilidad, de forma que se profundiza la segregación social, la desigualdad y se desarrolla una “desadministración pública” (282). De este modo, los asuntos relativos al urbanismo, la defensa de los suelos y la industria inmobiliaria presenta equivocaciones e imperfecciones que circunscriben las normas, instituciones y legislaciones que mandatan y organizan las ciudades.

Así, en 1979, durante la dictadura militar, se formuló una nueva Política Nacional de Desarrollo Urbano que consideraba la tierra como un recurso transable que sería dominado por privados para expandir los suelos urbanos. Por tanto, el Estado se haría responsable de reforestar, mantener y mejorar la estética y la calidad de los suelos para facilitar la compra de terrenos. No obstante, la mercantilización urbana se polemizó cuando Miguel Kast, ministro director de la Oficina de Planificación Nacional de Chile (ODEPLAN), declaró:

(...) ‘De ser cierto que resulta más barato construir en altura que en extensión, cabe la pregunta de por qué el mercado no ha apuntado en dicha dirección y, por el contrario, apunta a hacer crecer horizontalmente las ciudades’; agregando a continuación que en todo caso ‘no se requeriría la intervención del Estado, ya que, si la tierra escaseara cada vez más, su precio subiría hasta el punto de que resulte más atractivo construir en altura que horizontalmente (Kast ctd. en Daher 284).

Las declaraciones del ministro de ODEPLAN dieron cuenta de los intereses neoliberales que consideraban el suelo urbano como un lugar comercializable que podría generar mayores ganancias al edificar viviendas en altura que permitieran construir una mayor cantidad de hogares en un mismo espacio. De esta forma, la economía urbana se enmarca en lo que el autor cataloga como “competencia monopólica que considera el suelo como un inmueble económico” (Trivelli ctd. en Daher 284). En este contexto, es posible identificar cómo el neoliberalismo insta la lógica de compra y venta sin considerar factores de riesgo, opiniones expertas acerca de la calidad de los suelos y la habitabilidad de las tierras, de manera que se configura una comercialización excesiva de terrenos, a pesar de que carezcan de aspectos seguros para levantar construcciones elaboradas por el ser humano.

Del mismo modo, la psicóloga Kathya Araujo (2017) plantea qué alcances ha adquirido el modelo neoliberal en la sociedad chilena en lo que se refiere a materia socioafectiva y sociocultural. La autora expresa que las transformaciones que implicó la implementación del neoliberalismo en Chile durante la dictadura militar (1973-1990) y su posterior continuidad en los gobiernos democráticos de la Concertación de Partidos por la Democracia, se deben a que sus ideas y planteamientos teórico-económicos establecen una nueva matriz sociopolítica en la que las formas de relacionarse socialmente se modificaron en función de la aplicación de principios como la competencia, el consumo o el esfuerzo y méritos propios para obtener oportunidades de desarrollo (5). De esta forma, Araujo analiza cómo el desarrollo de la vida social se tensiona mediante el aniquilamiento de los vínculos comunitarios que, al mismo tiempo, se contraponen con la promoción de la solidaridad ante adversidades y situaciones extremas que afecten a ciertos sujetos de la sociedad.

Así, Araujo manifiesta que esta nueva matriz sociopolítica genera una ambivalencia en cuanto a la percepción de los individuos, de modo que un sector de la población percibe al neoliberalismo como una forma de organización inamovible, lógica y justa que condiciona la existencia y la realidad de los individuos en función de sus acciones y responsabilidades propias. No obstante, gran parte de la población concibe a este modelo como un orden social hegemónico con perfiles rígidos que no contemplan la multiplicidad de conciencias, realidades y circunstancias sociales, políticas y económicas que afectan a los sujetos que conforman la sociedad chilena (6). Bajo esta óptica, el neoliberalismo congrega el surgimiento de dos actores morales: grupos conservadores que se preocupan

de lo individual y sectores que se articulan desde la solidaridad o cooperación en la que los integrantes se muestran como ciudadanos populares, vinculados al mundo cultural o de tendencias cercanas a la izquierda (7). De este modo, la ideología neoliberal posibilita la formación de sujetos que se clasifican en dos polos socioculturales, tensionando los modos de relacionarse entre individuos.

A la luz de los estudios revisados en torno al concepto de neoliberalismo, es posible conocer los antecedentes, la definición, la implantación y las implicancias sociopolíticas que el neoliberalismo posee en Chile y a nivel mundial. Por tanto, se puede observar que este modelo ha sido una de las temáticas sociopolíticas más analizadas por diversos intelectuales y expertos en economía, sociología, psicología, urbanismo y otras disciplinas. Por ello, estos aportes teóricos son fundamentales para llevar a cabo la investigación respecto de la literatura de desastres en Chile a través de las dos crónicas en estudio, ya que se abordan las distintas fases, eventos y situaciones que erigen una reflexión acerca de sus proyecciones en diversas aristas de la sociedad.

1.2 Consideraciones teóricas sobre el concepto de desastre: Perspectivas, factores y evolución

Según el Servicio Nacional de Prevención y Respuesta ante Desastres, SENAPRED (ex ONEMI), las características físicas del territorio de Chile tornan posible la ocurrencia de catástrofes y desastres, de modo que la exposición a situaciones de amenaza que provengan de eventos naturales es altísima⁸. En este sentido, uno de los desastres más recientes que marcó un antes y un después en lo que respecta a la gestión del riesgo y la prevención de desastres fue el terremoto 8.8 y posterior maremoto del 27 de febrero de 2010. Por ello, la entonces Oficina Nacional de Emergencia del Ministerio del Interior y Seguridad Pública (ONEMI) estableció diversas instancias que velan por la gestión integral de la Reducción del Riesgo de Desastres (RRD), generando instrumentos que instauran acciones y medidas que se orientan al desarrollo sostenible del país, así como a la Reducción del Riesgo de Desastres (RRD). Sin embargo, el constante uso del término

⁸ Para acceder a más información se recomienda revisar el documento *Política Nacional para la Reducción del Riesgo de Desastres (PNRRD 2020-2030)*.

“desastre” en medios de comunicación masiva y contextos cotidianos dan cabida a ciertas confusiones en cuanto a los alcances y dimensiones que cercan el concepto. Por ello, para enmarcar teóricamente esta noción, el contexto sociopolítico neoliberal actual y el factor riesgo-vulnerabilidad que lo circunda, es fundamental recurrir a los aportes de intelectuales y teóricos como Virginia García Acosta, Naomi Klein, Gilberto Romero y Andrew Maskrey, Victor Marchezini y Juan Saavedra.

Son muchas las concepciones y discusiones que se generan en torno al concepto de desastre. No obstante, un buen comienzo es abordar las propuestas de Gilberto Romero y Andrew Maskrey (1993) para definir los alcances de este término. En primera instancia, los autores señalan que los fenómenos naturales son todas las manifestaciones de la naturaleza que se originan en su funcionamiento interno. Sin embargo, estos eventos pueden ser regulares como las lluvias, la llovizna, la nieve y la niebla o extraordinarios como terremotos, tsunamis o fenómenos naturales inusuales para épocas y/o contextos específicos. En ese sentido, el desarrollo de estos sucesos de corte natural no constituye un desastre por sí solo, pues esta categorización es tal sólo cuando se produce “(Una) correlación entre fenómenos naturales peligrosos (como un terremoto, un huracán, un maremoto, etc.) y determinadas condiciones socioeconómicas y físicas vulnerables (como situación económica precaria, viviendas mal construidas, tipo de suelo inestable, mala ubicación de la vivienda, etc.)” (7). De este modo, los desastres se establecen como productos sociales derivados de un marco contextual que engloba factores como el riesgo y la vulnerabilidad, de manera que estas condiciones propician que un fenómeno natural determinado se posicione como una amenaza potencialmente peligrosa que posteriormente se transforma en un desastre.

Romero y Maskrey (1993), fundamentan la noción de desastre y sus diferencias con el concepto de fenómenos naturales a partir de la introducción del término “vulnerabilidad”. Los autores señalan que “Ser vulnerable a un fenómeno natural es ser susceptible de sufrir daño y tener dificultad de recuperarse de ello. No toda situación en que se halla el ser humano es vulnerable” (8). De este modo, Romero y Maskrey plantean que la vulnerabilidad se liga a componentes socioeconómicos marginales o distintos a las condiciones de seguridad óptimas, de manera que la población vulnerable habita terrenos riesgosos como laderas, faldas de cerros, humedales u otros tipos de suelo inestables,

construcciones precarias, cimientos inapropiados para las condiciones de una zona específica y aspectos económicos que obstaculicen la satisfacción de necesidades humanas básicas (8). Por estos motivos, los investigadores manifiestan que estos elementos causan vulnerabilidades físico-espaciales que aglutinan aspectos riesgosos que, posteriormente, podrían desencadenar tragedias mayores, de forma que los desastres son causados por un componente socioeconómico que se sustenta en la vulnerabilidad que permea a los sectores más desposeídos de las sociedades.

Para complementar la definición de la noción de desastre, la antropóloga Virginia García Acosta (2005) expone que el concepto de riesgo constituye una interrelación entre los desastres, los posibles factores de amenaza y las condiciones de vulnerabilidad que circundan un contexto social específico, de modo que “(El riesgo) es una construcción colectiva y cultural (...) que hace referencia a diversos tipos de riesgo, no sólo a aquéllos asociados con amenazas naturales o tecnológicas, sino también a los relacionados con fenómenos económicos, políticos y del ámbito internacional” (Douglas ctd. en García Acosta 15). En este sentido, la autora señala que el concepto de riesgo es una elaboración social e intelectual que puede ser aplicada a múltiples áreas e interpretaciones que responden a sesgos culturales propios de una sociedad particular. Así, el riesgo como construcción social se posiciona como un término que permea, entre otros aspectos, la ocurrencia de desastres, de modo que “El concepto de construcción social asociado con los riesgos ha demostrado su utilidad analítica cada vez con mayor fuerza entre los estudiosos de los desastres y los efectos que éstos han tenido en la sociedad” (12). Desde esta perspectiva, la construcción social de riesgos⁹ se posiciona como un concepto que permite entender de mejor manera los desastres, sus dimensiones e implicancias.

Como puede observarse, la construcción social de riesgos permea la ocurrencia de desastres al interior de comunidades y sociedades, de manera que se torna necesaria su vinculación con dos aspectos: la vulnerabilidad y la desigualdad. Al respecto, García Acosta señala que, hacia fines de 1990, los estudios de caso y las investigaciones en torno al desarrollo de desastres y la construcción social del riesgo dieron como resultado que:

⁹ Según García Acosta, este concepto, al igual que la expresión “los desastres no son naturales”, fueron originalmente acuñados por Jean-Jacques Rousseau en su *Carta sobre la Providencia* (1756) dirigida a Voltaire, en la cual reflexiona sobre la destrucción provocada por el terremoto y tsunami ocurridos en Lisboa el 1 de noviembre de 1755.

(...) muchos de los desastres tradicionalmente atribuidos a causas naturales eran generados, en buena parte, por prácticas humanas relacionadas con la degradación ambiental, el crecimiento demográfico y los procesos de urbanización, todos éstos vinculados en gran medida con el incremento de las desigualdades socioeconómicas a escala local, regional, nacional y, desde luego, internacional (17).

De esta manera, la autora indica, al igual que Gilberto Romero y Andrew Maskrey en “¿Cómo entender los desastres naturales?” (1993), que la ocurrencia de los desastres se debe a factores como las desigualdades económicas que congregan condiciones vulnerables, de manera que los grupos sociales marginados tienen mayores probabilidades de experimentar desastres. Desde este enfoque, Virginia García Acosta expresa que la incorporación de las variables socioeconómicas a los estudios sobre los desastres es uno de los indicadores más relevantes respecto del riesgo, ya que “(...) la amenaza, natural o antropogénica, no constituye el único agente activo del desastre” (18). Este último punto enfatiza que los agentes activos del desastre aglutinan condiciones marginales que ubican al riesgo como una construcción social, pues se erige como un proceso que, al parecer, solo se observa cuando los eventos naturales se materializan como desastres derivados de estos factores que lo propician (18). Por ello, la cristalización de la construcción social del riesgo implica una conformación de realidades sociales endebles que se construye de una manera invisible que contempla un factor de riesgo indudable: el cruce de la vulnerabilidad y los contextos sociales desiguales.

A partir de las reflexiones de Virginia García Acosta, Andrew Maskrey y Gilberto Romero, es posible señalar que los desastres son el producto de la combinación de eventos naturales y condiciones socioeconómicas vulnerables. Por este motivo, se torna necesario circunscribir el contexto sociopolítico que rodea al concepto de desastre. Desde este punto de vista, la periodista canadiense Naomi Klein (2007) expone que los principios neoliberales, ampliamente difundidos por Milton Friedman y la Escuela de Economía de la Universidad de Chicago, se instalan como agentes de *shock* que permean la realidad actual en cuanto a su control, gobernabilidad y organización, a nivel global, en países que cuenten con modelos de libre mercado (446). En este sentido, la autora expone que “(Friedman) Al

igual que los economistas defensores del libre mercado, están convencidos de que sólo mediante un desastre de enormes proporciones —una gran destrucción— se puede preparar el terreno para sus «reformas» (...)» (450). De este modo, Klein señala que la ideología neoliberal ve en la ocurrencia de contingencias y desastres la oportunidad de impactar la psicología socio-comunitaria, de manera que las reformas de esta doctrina puedan adoptarse de manera satisfactoria, apuntando a dos ideas predominantes: la necesidad de plasmar los valores del libre mercado en tablas rasas para esbozar nuevos modelos estatales y el juego de palabras entre la expresión “doctrina del *shock*” (45), “electroshock” (56) y transformaciones económicas impopulares y radicales.

La autora plantea que la “doctrina del shock neoliberal” utiliza al capitalismo y al libre mercado como implementos que violentan a los individuos por medio de “(...) ataques organizados contra las instituciones y bienes públicos, siempre después de acontecimientos de carácter catastrófico, declarándolos al mismo tiempo atractivas oportunidades de mercado, reciben un nombre (...) «capitalismo del desastre»” (459). Desde esta óptica, Naomi Klein indica que el neoliberalismo utiliza estas situaciones de *shock* (contingencias, desastres y tragedias diversas e inesperadas) para instaurar reformas radicales que aglutinan medidas como la desregulación y liberalización de los sectores privados, la disminución del rol estatal y los recortes en el gasto social y público. Desde este enfoque, Klein señala que los procesos de reconstrucción implican un alto interés económico para los agentes neoconservadores que perpetúan los planteamientos de Friedman en torno al neoliberalismo y sus valores de libertad y competencia (460). Por esta razón, el “capitalismo del desastre” intercala dos fenómenos de escala mundial: las ideas del modelo neoliberal y el riesgo de desastres, de modo que el huracán Katrina que afectó a Nueva Orleans en 2001¹⁰ permitió observar cómo las prácticas neoliberales se evidencian en el escenario post-desastre, a partir de acciones y situaciones como la espera por la intervención estatal al momento de reconstruir que se circundó por los intereses económicos de empresas inmobiliarias que construyeron edificaciones comercializables.

¹⁰ Naomi Klein (2007) expresa que el huracán Katrina ocurrido en 2001 en la ciudad estadounidense de Nueva Orleans, refleja explícitamente los intereses neoliberales, ya que la localidad contaba con diversos factores de vulnerabilidad (viviendas sociales destinadas a población afroamericana, latina y marginada, ubicación de edificaciones en zonas propensas a inundaciones, entre otros) (Klein 405).

De este modo, según Klein (2007) el neoliberalismo se inserta como una doctrina de *shock* equivalente a un capitalismo del desastre que propicia las divisiones socioeconómicas que permean factores de riesgo, de modo que en los sectores marginados la ocurrencia de desastres se vuelve un aspecto sumamente riesgoso. No obstante, esta ideología no solo funciona como modelo que promulga medidas radicales, sino también indica cómo las acciones posteriores a desastres y tragedias se articulan como productos socioeconómicos que derivan en procesos de reconstrucción lenta a cargo de entidades privadas que promueven el corporativismo neoconservador. Así, los reales intereses de los promotores del shock neoliberal se fundan en el crecimiento económico que apunta a los niveles más altos de las clases sociales de las naciones (462). La frase de Richard Baker, congresista republicano de Nueva Orleans, resume el anhelo de los promotores de este paradigma: “Por fin hemos limpiado Nueva Orleans de los pisos de protección oficial. Nosotros no podíamos hacerlo, pero Dios sí” (Klein 12).

Después de haber descrito los conceptos de desastre, riesgo, construcción social de riesgos, vulnerabilidad y capitalismo del desastre, es fundamental examinar las implicancias del neoliberalismo como modelo sociopolítico que circunda los procesos de recuperación post-desastres. Según los catedráticos e investigadores Juan Saavedra y Victor Marchezini en “Procesos de recuperación post-desastre en contextos biopolíticos neoliberales: los casos de Chile 2010 y Brasil 2011” (2020) “(...) hay nuevos discursos y prácticas que inciden sobre la población y la vida. Esto influye en la dimensión biológica, política, técnica, estadística, entre diversas manifestaciones, creando mecanismos y dispositivos de poder que componen formas de biopolítica del desastre” (133). En tal sentido, los autores expresan que bajo el “capitalismo del desastre” se despliega la “biopolítica del desastre”, un discurso que, entre otras dimensiones, implementa mecanismos como la producción social de riesgo que incluye condiciones de inseguridad como la construcción de infraestructuras inestables, ubicación de edificios y viviendas en zonas peligrosas o potencialmente peligrosas, la falta de instituciones preparadas para enfrentar posibles catástrofes o desastres y la existencia de enfermedades o malas condiciones salubres-sanitarias, entre otras.

Para ilustrar los alcances de la biopolítica neoliberal como paradigma que envuelve los procesos de reconstrucción-recuperación post-desastre, Saavedra y Marchezini (2020)

expresan que, por ejemplo, luego del terremoto del 27 de febrero de 2010 ocurrido en la región del Ñuble, así como en las inundaciones y deslizamientos de tierra en la zona serrana de Río de Janeiro en enero de 2011, se implementaron medidas que fisuraron el panorama social y urbano, debido a la instalación de estrategias como la militarización del espacio público, el retorno de los toques de queda y la restricción del libre movimiento ciudadano, de modo que se fracturó la libertad ciudadana (135). De esta manera, en ambos casos (chileno y brasileño) las medidas que coartaron la libertad se instalaron como discursos coercitivos en calidad de “administración improvisada (...) tipo híbrido asistencial-militar” (136). Desde este enfoque, los autores exponen que la biopolítica neoliberal en los contextos de desastre está sujeta a recursos retórico-narrativos como campañas solidarias ampliamente difundidas por medios de comunicación masiva, transferencias de renta a gobiernos por parte de la banca y creación de programas auxiliares y transitorios (138). Estos recursos teórico-narrativos, ampliamente difundidos, mueven capitales a partir de la recaudación de fondos provenientes de la ciudadanía y el ámbito privado, implementando un discurso que anula los deberes y obligaciones del Estado en los procesos de reconstrucción.

Por otra parte, para Saavedra y Marchezini (2020) la biopolítica neoliberal reúne a especialistas acerca del desastre que diagnostican posibles problemas y soluciones a lo ocurrido, pero que no contribuyen a “salvar la vida del todo” (139), pues solo aportan sus opiniones sin desarrollar reales soluciones para los afectados. Esta idea se enlaza a lo que los autores denominan “mejoramiento del capital simbólico” (140), pues en estos contextos diversos actores públicos e instituciones recolectan donaciones que envían a los damnificados, de modo que se enaltecen sus intereses auxiliares, beneficiando su percepción pública. Desde otro ángulo, los autores indican que los procesos de recuperación post-desastre responden a oportunidades y recursos locales que se diferencian por “la dimensión política de la estructura gubernamental y las oportunidades de respuestas locales” (142). Por esta razón, la estructura unitaria del Estado chileno implicó la tardía contención a niveles rurales y lejanos, de modo que la centralización derivó en mayores acuerdos en decisiones de reconstrucción y apoyo en localidades cercanas a las ciudades. Por el contrario, en países con modelos federales los damnificados logran organizar estrategias y grupos que articulan espacios, instancias y medidas que permiten reflexionar

sobre los procesos de reconstrucción, así como también el intercambio con los gobiernos centrales en cuanto a asistencia, interpelaciones, transparencia y rendición de cuentas (143-144). Así, la biopolítica neoliberal posibilita la construcción social de los desastres, un mecanismo que transforma eventos naturales en desastres que afectan a ciertos sectores de la sociedad.

Tal como Juan Saavedra y Victor Marchezini (2020) señalan respecto de la biopolítica neoliberal en contextos de desastre, esta organización discursivo-práctica de las sociedades circunscribe las diversas esferas de la existencia individual y social antes, durante y después del acontecimiento de estos fenómenos, de modo que erige configuraciones sociales que derivan en su ocurrencia. De esta manera, parece ser apropiado explicar cómo el neoliberalismo traza su forma de actuar en estos contextos durante el siglo XX. Para Juan Saavedra en “Gobierno del desastre en el neoliberalismo: Una mirada genealógica desde los terremotos en Chile durante el siglo XX” (2021), el modelo neoliberal legitima el retorno del orden y la normalidad a partir de dispositivos como la biopolítica, de manera que las reflexiones de Naomi Klein en torno al capitalismo del desastre evidencian la presencia de mecanismos que profundizan el neoliberalismo a partir de la configuración de gobiernos del desastre (49). Según el autor (2021), estas formas gubernamentales son “(el) conjunto de discursos y procedimientos excepcionales de conducción gubernamental frente a la contingencia del desastre. Su objeto es tanto la población como sus propios mandatos y capacidades” (42), de esta forma, se apunta a la población como principal eje subordinado al poder.

Para evidenciar la relación que existe entre los gobiernos del desastre y el neoliberalismo, Saavedra (2021) expone que “(...) la rígida estructura de clases sociales existente en el país, el racismo, la variada injerencia internacional como también la irrupción de corrientes teóricas y el agrupamiento de núcleos epistemológicos (...) dieron cabida a la radicalidad del neoliberalismo” (50). En tal sentido, el autor manifiesta que estos aspectos derivan en problemáticas de reconstrucción que, incluso, se presentaron en desastres como el terremoto de 1906 en Valparaíso, pues ya se evidenciaban demandas sociales como la búsqueda de viviendas con materiales de calidad y la erradicación de los problemas de higiene y salubridad que afectaban mayoritariamente a los sectores desplazados de la sociedad (52). Bajo esta perspectiva, Saavedra (2021) señala que estas

demandas reflotan con la gestión post-desastre, ya que la recuperación se centraliza, desplazando a las clases marginadas y sectores rurales. Así, el autor indica que las inexistentes o casi nulas acciones de reconstrucción post-desastre se traspasan a los desastres que tienen lugar posteriormente, pero el surgimiento de un nuevo proyecto de nación pretendía atender el aspecto económico y social para erradicar la miseria:

El desarrollismo asistencial que reemplaza el orden liberal parlamentarista (...) se expresará en un creciente abordaje técnico- profesional, donde ‘la miseria, la explotación, la historia real de la dominación se convertía en objeto de tratamiento científico abordable a través de la hermandad de la Asistencia (ciencia social), la Medicina (ciencia biológica) y el Estado (aparato público)’ (...) (Illanes ctd. en Saavedra 54).

El desarrollismo asistencial se instala como una nueva forma de actuar para enfrentar la ocurrencia de desastres, ya que se congregan las incidencias de diversas disciplinas que pretenden disipar la miseria del período. El 24 de enero de 1939, en pleno apogeo del nuevo régimen, tuvo lugar un terremoto de 7.8 Mw entre las regiones del Maule y Biobío que registró la cifra más alta de muertes, alcanzando 5.685 fallecidos. Juan Saavedra (2021) plantea que este evento contempla el hito histórico más significativo para el estudio de los discursos de los mandatos del desastre, pues las normas de reconstrucción post-desastre experimentan un avance en lo que respecta a requerimientos necesarios para recuperar localidades afectadas. Asimismo, Saavedra (2021) afirma que el gobierno de 1939, al igual que en el terremoto de 2010, militarizó las zonas afectadas, controlando los movimientos ciudadanos y difundiendo ideas erróneas en torno a la tragedia que fueron promovidas por la prensa conservadora (56). Así, en 1960 y 1985 ocurrieron dos terremotos que también originaron nuevas normas para contextos de desastre: la supervisión del actuar del ejército en las tragedias y la creación de la Oficina Nacional de Emergencias del Ministerio del Interior (1974). De esta forma, el autor sugiere que “Los antecedentes permiten establecer un hilo conductor que relaciona el gobierno del desastre con la legitimación (...) del uso de la fuerza para el control de la población (esto) resulta ineludible para constatar la relevancia de los medios de comunicación en 2010 para justificar la militarización de las zonas

afectadas por el terremoto” (58). De este modo, el gobierno del desastre en marcos neoliberales responde a lógicas sociopolíticas que difunden el pánico social, propiciando instancias como el estado de excepción constitucional, toques de queda, el control extremo del orden público y el desplazamiento de ciertos sectores, medidas que resumen los valores de los regímenes neoliberales.

Estos textos teóricos sobre la noción de desastre en torno a su definición, sus alcances, componentes y formas de desarrollo luego de fenómenos naturales ocurridos en Chile y otros países, resultan imprescindibles para la ejecución de esta tesis. Esto es así, porque esta revisión provee las aproximaciones teóricas necesarias para analizar las crónicas escogidas acerca de las aristas que configuran a los desastres como entramados sacionaturales que se despliegan en el marco de la ideología neoliberal. Como puede advertirse, el concepto de desastre no contempla el calificativo “natural” en su definición estricta, pues se comprende que se desprende de un evento natural que se posiciona como una amenaza potencialmente peligrosa que se sustenta en la combinación de factores sociopolíticos como la construcción asociada con los riesgos o la vulnerabilidad. Bajo este marco contextual, los estudios comentados proporcionan las terminologías necesarias para estudiar la ocurrencia de desastres dentro del modelo neoliberal en Chile, aspecto que se detalla en el análisis del objeto de estudio.

1.3 La crónica: Orígenes y características

1.3.1 La crónica, género inclasificable y predominantemente latinoamericano: Antecedentes y evolución

Como ya se ha advertido, las obras en estudio de esta investigación son las crónicas 8.8 *El miedo en el espejo. Una crónica del terremoto en Chile* de Juan Villoro (2010) y 27F. *Los otros damnificados. Crónicas de una periodista en práctica* de Natalia Sánchez (2014). Por ello, un primer acercamiento teórico a la escritura de ambos autores está dado, precisamente, por la elección de ambas crónicas como objetos de estudio para esta tesis. Por este motivo, es fundamental reparar en aquellas especificidades teórico-textuales que ubican a las crónicas como espacios literario-periodísticos particulares que ofrecen evidencias explícitas e implícitas, mediante configuraciones significativas, sobre el

conocimiento de la realidad desde una perspectiva analítica que conecta a los estudios culturales y literarios. En este sentido, se vuelve necesario considerar, además, las diferencias que este tipo de textos presenta respecto de otros géneros. Entre estas particularidades, la primera en destacar es la emergencia de estas obras como categorizaciones propias de América Latina que dialogan con el *new journalism* de Theodore Dreiser, Tom Wolfe y Truman Capote, pero que se instalan como obras propias de Latinoamérica que inauguran un “Nuevo periodismo o periodismo literario” que evoluciona hacia un periodismo de vanguardia (Chillón, 1999). El segundo aspecto es la comprensión de las especificidades definitorias, discursivas y textuales de las crónicas que conforman un género híbrido que relata historias acerca de la realidad desde el punto de vista del cronista que sitúa al “yo” como voz narradora principal que se enlaza con desdoblamientos inusuales de los puntos de vista relatores.

Pese a que la genealogía sobre la producción de crónicas ubica el surgimiento de este género en el modernismo latinoamericano¹¹, resulta pertinente reconsiderar estos antecedentes. En este sentido, se deben tener en cuenta las ideas expuestas por Gabriela Esquivada (2007), pues la autora señala que “Cuando Europa ignoraba todavía la existencia de América (...) el clérigo Jean Froissart dejó sus Crónicas del Medioevo en Francia e Inglaterra, usadas para establecer hechos sobre la Guerra de los Cien Años” (114). Desde esta perspectiva, las crónicas de Froissart, clérigo considerado como uno de los cronistas más relevantes de la Francia del siglo XIV, se insertan como uno de los primeros antecedentes de las crónicas contemporáneas, ya que actuaron como evidencias tangibles de hechos fundamentales para la historia europea. Esquivada (2007) también expone que el verdadero origen del género en Latinoamérica ocurre con las Crónicas de Indias escritas por colonizadores y frailes españoles como Bartolomé de las Casas, Hernán Cortés, Bernal Díaz del Castillo o Gonzalo Fernández de Oviedo, además de las producciones de cronistas americanos como Felipe Guamán Poma de Ayala y el Inca Garcilaso de la Vega (115). En este contexto, la autora manifiesta que las crónicas coloniales retratan hazañas bélico-épicas desde la óptica “(...) de un testigo cuya misión era precisamente defender su presencia como narrador de esas hazañas” (115). Por estas razones, es posible advertir que las

¹¹ A partir de las *Crónicas cosmopolitas* de Rubén Darío y *Crónicas* de José Martí (Rotker 15).

crónicas, en su nacimiento europeo y latinoamericano, responden a una naturaleza literaria tradicional que daba cuenta de hechos bélico-históricos.

Si bien es cierto Gabriela Esquivada plantea que la emergencia de las crónicas en Latinoamérica se desarrolla en los períodos de conquista y colonia, la autora reconoce que la tradición ubica el origen de estos textos en el modernismo. Al respecto, Susana Rotker (1992) expone que este tipo de textos evoluciona como género identitario de América Latina en el modernismo, etapa estudiada por la amplia producción poética que desafía las herencias europeas y construye una identidad continental. Para la autora, la crónica modernista marca la génesis de este género, debido a la instalación de nuevas características para su conformación, entre las que destacan, la integración de la información en ámbitos periodísticos y la escritura periodística ejecutada mayormente por poetas (15-16). En este sentido, composiciones como las Crónicas de Indias se transforman en crónicas que fusionan elementos literarios y periodísticos, pues se reportan acontecimientos, elementos urbanos, situaciones históricas o realidades experienciales a partir de una prosa narrativo-informativa. Desde esta óptica, las crónicas de Rubén Darío, José Martí y Manuel Gutiérrez Nájera insertan una plasticidad que permite establecer un retrato narrativo-descriptivo que toma aportes de las tendencias europeas¹² que son filtrados por la conformación de una identidad continental emergente.

Según Rotker (1992), la etapa modernista de la crónica latinoamericana marca su nacimiento como género identitario, pero al mismo tiempo marca su gestación como punto de inflexión entre literatura y periodismo, pues implica la creación de una prosa versátil que narra sobre ciudades, entornos y realidades desde sus características y complejidades. Así, el cronista del modernismo se inmiscuye en su texto como narrador que construye interpretaciones, relatos y una presentación lisa de la información-noticia, de modo que el receptor recibe un contenido digerido (22-23). En tal enfoque, es imprescindible recurrir a las ideas de Julio Ramos (1989), “(...) pues la crónica (...) será un lugar privilegiado para precisar el problema de la heterogeneidad del sujeto literario” (137). En este sentido, el autor indica cómo la crónica modernista permite que los lectores se enfrenten a un sujeto-voz que dialoga con los tiempos cronológicos, la observación de hechos, puntos de vista

¹² El parnasianismo y el simbolismo francés son las influencias europeas que se presentan, en mayor medida, en el modernismo latinoamericano (Rotker 15).

cercanos y lejanos, además de una predominancia de la primera persona que dinamiza el rol clásico de los sujetos literarios impersonales y da paso a la emergencia de un escritor que desplaza a los periodistas anónimos por medio del “yo” y, en ocasiones, la intersección de otras voces y la utilización de segundas o terceras personas gramaticales.

En esta misma línea, Patricia Poblete (2018) establece una panorámica historiográfica de la crónica que se conecta con la existencia actual de este género. Para Poblete, la crónica es “(...) un texto periodístico que se basa en los criterios de lo noticioso, pero remonta el mero afán informativo” (37). De este modo, la autora determina que, generalmente, la crónica suele ser definida bajo las influencias de su auge modernista que recoge el afán informativo inicial acuñado por Darío o Martí. No obstante, Poblete menciona que “A diferencia del periodismo informativo, esta crónica (narrativo-contemporánea actual) no se queda en la enunciación de las “5W del *lead*” (qué, quién, cuándo, dónde, por qué) sino que sitúa esos datos más allá de lo inmediato” (38). Bajo este contexto, es posible advertir que la crónica contemporánea introduce datos concretos por medio de una prosa narrativo-descriptiva que encadena hechos sucesivos y conforma historias perfectamente distinguibles para el lector (Caparrós ctd. en Poblete 38). Así, el rol del cronista actual es incorporar eventos, espacios y tiempos mediante una narración en una suerte de situación de mirada.

Como puede observarse, la crónica sitúa sus orígenes en composiciones textuales del siglo XIX, se gesta en Latinoamérica con las Crónicas de Indias, se renueva en el Modernismo y evoluciona hasta la contemporaneidad. Al respecto, Patricia Poblete señala que esta nueva crónica no solo enfatiza los nexos entre literatura y periodismo instaurados en la etapa modernista, sino que también “(...) aborda diversas formas de violencia que hoy vive América Latina. (...) Hablamos de textos que resaltan por la conjunción entre la ferocidad de las historias y su crudeza narrativa” (39). De esta manera, la autora apunta que este género híbrido, actualmente, actúa como recurso que agrega temáticas como el horror, lo social, la violencia, la vulnerabilidad social y la crítica a modelos o estructuras jerárquicas, de forma que se instaura, en ocasiones, como plataforma de denuncia social netamente analíticas y críticas.

No es casual, entonces, que este tipo de textos se posicionen como unidades que aborden temáticas lejanas a la tradición literaria y periodística. En este sentido, Julio

Villanueva Chang (2012), señala que entre los desafíos actuales de este género se encuentra “(...) una forma de conocer el mundo” (590). Esta idea implica que las crónicas esclarecen asuntos concretos que, por una parte, permiten que las personas se enteren y, por la otra, reciban conocimiento a través del tratamiento narrativo-descriptivo de la información. De esta forma, la hibridez de este tipo de texto posibilita el desarrollo de ciertas estrategias ensayísticas que el cronista debe emplear al momento de redactar, de manera que sus receptores observen datos específicos como generadores de conocimiento acerca de comunidades, situaciones o espacios (591). Por estos motivos, los desafíos del autor de crónicas contemporáneo radican en la capacidad de notar cómo su comunidad contextual se transforma y de qué manera logrará plasmar tales modificaciones en obras que inserten el “yo”, los distanciamientos de las voces o la intersección de múltiples puntos de vista.

1.3.2 La crónica como género híbrido: Nexos entre literatura y periodismo

Juan Villoro, autor de una de las crónicas analizadas en esta investigación, en el capítulo “La crónica, el ornitorrinco de la prosa” (2012)¹³, define este género como “el ornitorrinco de la prosa” (577). A partir de esta metáfora, que utiliza al ornitorrinco como especie inclasificable que comparte rasgos aviares, mamíferos y semiacuáticos, Villoro da cuenta de las complejidades que cercan la definición de este tipo de texto. Por ello, resulta ineludible definir y explicar qué son las crónicas, cuáles son sus particularidades y cómo su naturaleza textual híbrida combina elementos provenientes de la literatura y el periodismo. En tal sentido, Julio Ramos (1989) señala que la crónica se gesta como un entramado textual que se enlaza con la experiencia ciudadina contextual y la inserción de elementos discursivos diversos (177-178). Por este motivo, el autor indica que las crónicas son textos heterogéneos que gozan de “cierta flexibilidad formal” (Ramos 178), ya que se posibilita el tratamiento de la cotidianidad socio-metropolitana a partir del punto de vista del cronista moderno y su realidad contextual. De este modo, estos textos se instalan como obras que relatan sucesos reales a través de narraciones cronológicas y ópticas testimoniales provistas por el autor-testigo que relata la historia (180-182). Por ello, las crónicas se erigen como

¹³ En el libro *Antología de crónica latinoamericana* (2012), editado por Darío Jaramillo Agudelo.

construcciones híbridas que rondan entre lo comunicacional, contextual, ficcional e informativo.

Del mismo modo Susana Rotker (1992), plantea que estos textos representaron una renovación propia de Latinoamérica, pues su desarrollo permitió la profesionalización del escritor modernista a partir del tránsito de escritor-poeta-periodista a cronista, de modo que Rubén Darío, José Martí y Manuel Gutiérrez Nájera se instalaron como figuras clave dentro de las crónicas y letras latinoamericanas (15-16). Lo anterior se debe a que, inicialmente, estos discursos eran principalmente cosmopolitas e ilustrados, de manera que actualizaron la prosa latinoamericana a través de una plasticidad texto-discursiva particularmente inusual, instalándose como “(...) género mixto y como lugar de encuentro del discurso literario y periodístico (...)” (16). Desde esta perspectiva, este nuevo género da cuenta de una forma de narrar híbrida que toma elementos cotidianos y sucesos reales que son plasmados en un relato periodístico-literario que quebranta las estructuras tradicionales, de ahí el problema definitorio, pues “La crónica es un producto híbrido, marginado y marginal, que no suele ser tomado en serio por la institución literaria ni por la periodística, en ambos casos por la misma razón: el hecho de no estar definitivamente dentro de ninguna de las dos” (199). En este sentido, la crónica se encarga de insertar elementos marginales, por su cotidianeidad y detallismo específico, que se desligan del espacio literario canónico y, al mismo tiempo, se distancian de los intereses del rol del *reporter* y el periodismo tradicional.

A partir de los aportes de Julio Ramos y Susana Rotker acerca de las dimensiones de la crónica como entramados elusivos e híbridos, resulta necesario profundizar en las relaciones que se establecen entre las dos disciplinas que enmarcan la existencia de este género: la literatura y el periodismo. Según Albert Chillón (1999) ambas disciplinas han sido enfrentados como si se tratase de dos adversarios. No obstante, es relevante circunscribir la relación que une a ambas disciplinas: el periodismo literario de la segunda mitad del siglo XX, el nuevo periodismo acuñado por Rotker en 1992 y el símil estadounidense del *new journalism* de Wolfe. Desde este punto de vista, Chillón expone que “Desde el principio, el periodismo literario recibió aportaciones de la vieja crónica literaria y de su moderna adaptación periodística; del cuadro y del artículo de costumbres (...)” (108). En este sentido, el autor manifiesta que esta nueva forma periodística tiene sus

raíces, por ejemplo, en prosas mixtas como la de Thomas De Quincey¹⁴ y algunas obras de Edgar Allan Poe (110). Desde este enfoque, el autor plantea que las crónicas toman como antecedentes las crónicas europeas, los cuadros de costumbre, las crónicas de viaje o las crónicas de Indias, pues, como ya se mencionó, tanto sus formas discursivas como sus contenidos rompen la estructura clásica del periodismo con las 5Ws o 5 preguntas clave, para dar paso al detallismo, la cotidianeidad, lo urbano, lo real, lo autobiográfico y lo testimonial.

Tal como se advirtió anteriormente, Albert Chillón (1999) expone que el periodismo literario explicita los nexos entre literatura y periodismo, de modo que exhibe una mixtura que recoge dos tipos de etiquetas recurrentes: la literatura y la no ficción. En el caso de la primera, el autor la entiende como “modo de conocimiento de naturaleza estética que busca aprehender y expresar lingüísticamente la calidad de la experiencia” (69-70). Sin embargo, lo ficcional no solo se acerca en lo estético a través de escritos impresos y clásicos, sino también en el discurso, la lingüística y su objeto de estudio preferente: el lenguaje. En tal escenario, Chillón expresa que el lenguaje se distingue como la totalidad humana que adquiere y posee ficción, ya que se erige como una manifestación viva constituida por experiencia, movilidad, connotación y denotación (46). Desde esta perspectiva, producciones híbridas como las crónicas o los reportajes contemplan una condensación del lenguaje que comunica a través de un yo escritor que, desde un desdoblamiento del punto de vista, enlaza su observación y un distanciamiento del relato que desarrolla lo analítico, informativo y reflexivo (276-277). En tal sentido, las vinculaciones entre periodismo y literatura permiten introducir una serie de realidades particulares que dan heterogeneidad a la comunicación experiencial en composiciones y enunciados.

Luego de haber descrito la flexibilidad de la crónica, su rol en la profesionalización modernista, la relación literatura-periodismo y la comunicación testimonial desdoblada que posibilita la mixtura propia de este género, es imprescindible examinar las implicancias de estas características en las crónicas contemporáneas. Según Patricia Poblete en el artículo “Las narrativas del Yo en la crónica contemporánea” (2014), indica que no solo la inclusión de nexos entre literatura y periodismo caracteriza la hibridez de la crónica, sino que

¹⁴ Crítico, escritor y periodista británico del romanticismo, autor de clásicos como *Of Murder Considered as One of the Fine Arts* (1827).

también la introducción de un “yo” que brinda un carácter autobiográfico que dialoga con diversos rasgos de otras modalidades textuales:

Esta particular forma de hibridez conjuga espacios y estrategias de enunciación; modalidades textuales canónicas y productos de la cultura de masas; subjetividades múltiples que concurren en los distintos momentos de producción y lectura del texto; y, sobre todo, la activación conjunta de horizontes de expectativas provenientes de distintos registros textuales (251).

Desde esta óptica, la autora señala que las crónicas y la subjetividad que las domina se caracterizan por la presencia del “yo” como voz narradora que enuncia las realidades de un mundo observado, por lo cual su naturaleza textual se instala desde la primera persona. No obstante, la crónica contemporánea, lejos de la crónica modernista flexible, ilustrada y cosmopolita, se distingue por la excesiva presencia de una primera persona singular (en la mayoría de los casos) que se asemeja a escrituras desplazadas como los diarios de vida o las autobiografías (242). Así, estos textos contemporáneos transitan por asuntos confesionales, marginales, memorísticos, retrospectivos, sociohistóricos, urbanos y performáticos, de manera que se establecen giros cronísticos que apuntan hacia temáticas que se ligan a una suerte de introspección narcisista que se identifica, sobre todo, en la escritura chilena.¹⁵

Bajo esta perspectiva, la autora indica que este género se origina desde fines informativo-periodísticos, pero no olvida su componente literario que responde a las características contextuales que lo permean. De esta forma, la crónica se instala como “literatura de la crueldad” (Ovejero ctd. en Poblete 149), ya que exhibe realidades violentas que se enlazan con experiencias de horror que se fundan en el contexto de la contemporaneidad. Por esta razón, la crónica actual se ubica como mecanismo discursivo-textual de denuncia, exposición y crítica que establece rasgos periodísticos como la representación de la vida y existencia real, el oficio informativo que observa al sujeto y el entrelazamiento con los espacios literarios que construyen historias desde aportes

¹⁵ Un cronista chileno insigne del abordaje de lo marginal, la performance, lo sociohistórico y lo urbano es Pedro Lemebel, a partir de textos como *Adiós mariquita linda* (2005), *Háblame de amores* (2012), entre otros (Poblete 250).

narrativos, descriptivos, cronológicos, con la dominancia del “yo” y los desdoblamientos relatores.

Siguiendo a estos autores y sus consideraciones teóricas respecto de la noción de crónica, su condición elusivo-híbrida, además de su evolución como género que recoge aspectos clásicos, literarios, periodísticos y que ha sido ampliamente desarrollado en Latinoamérica, se torna posible conocer las principales características del género al que pertenecen las dos obras que conforman el objeto de estudio de esta investigación. Asimismo, por los aportes teóricos expuestos anteriormente, es factible analizar las crónicas de Juan Villoro y Natalia Sánchez, desde sus elementos explícitos y simbólicos, para denunciar y exponer las fallas del neoliberalismo en el caso chileno, al documentar cómo el desastre del 27F expone sus configuraciones como construcción sacionatural.

Capítulo 2: Análisis crónica 8.8 *El miedo en el espejo. Una crónica del terremoto en Chile* de Juan Villoro (2010)

En primera instancia, la crónica de Villoro puede ser leída como un texto que presenta reflexiones personales de un escritor extranjero en torno al terremoto de 2010 ocurrido en Chile. Esta obra se centra en las experiencias de un cronista que se inmiscuye como voz narrativa que ejecuta combinaciones focales y narrativas que diferencian los distintos capítulos del texto. De hecho, la crónica inserta prolijamente memorias infanto-juveniles del autor que son transmitidas a través de la voz narrativa. Así, la obra se organiza por medio de 7 capítulos que se adhieren a un prólogo y un epílogo que alternan las intervenciones de los personajes (conformados mayoritariamente por asistentes al Congreso de Lengua y Literatura Infantil y Juvenil que tuvo lugar en 2010) con las reflexiones del protagonista mediante la introducción de experiencias pasadas, recuerdos y opiniones críticas. De este modo, el narrador constantemente alude a rasgos de la realidad social chilena que rememoran eventos y situaciones presentes en México, su país natal. No obstante, es imprescindible recordar que el relato permite desenterrar ciertas ideas que se enlazan con la dicotomía desastre-neoliberalismo.

2.1 Construcción social del riesgo: La “irresponsabilidad exculpatoria” de empresas privadas

En 8.8 *El miedo en el espejo. Una crónica del terremoto en Chile*, las consecuencias trágicas de las fallas del modelo neoliberal y la ocurrencia de los desastres son ilustradas desde el punto de vista de Juan Villoro, autor de esta crónica, quien vive el terremoto 8.8 de 2010. El autor, quien se erige como protagonista de la historia, viaja a Chile para participar en el Congreso Iberoamericano de Lengua y Literatura Infantil y Juvenil, organizado por la Editorial SM. Villoro, en primera instancia, narra cómo la madrugada del 27F le hace recordar el terremoto de México en el año 1985, un recuerdo que atraviesa la totalidad del texto: “Los mexicanos tenemos un sismógrafo en el alma, al menos los que sobrevivimos al terremoto de 1985 en el Distrito Federal. Si una lámpara se mueve, nos refugiamos en el quicio de una puerta. Esta intuición sirvió de poco el 27 de febrero” (45). De esta manera, ambas experiencias telúricas dan paso a una comparación de la intensidad de ambos eventos sísmicos, además del enlazamiento de narraciones emocionantes y melancólicas en primera y en tercera persona que dan voz a algunos de los asistentes al Congreso al que asistió Villoro. Sin embargo, estos eventos, movimientos y recuerdos actúan como guiños que posibilitan el análisis de esta crónica a partir de los vínculos que se establecen entre el neoliberalismo y el desastre. En este sentido, la narración da paso a una de las ideas fundamentales que sostienen la temática de esta investigación: la ocurrencia de desastres y la construcción social del riesgo a través de la aparente “irresponsabilidad exculpatoria” de empresas constructoras.

Inicialmente, el texto pareciera extender una serie de imágenes que grafican la construcción social del riesgo a través del actuar negligente de constructoras. Esto es así porque a través del relato de Villoro es posible ver cómo los minutos posteriores al terremoto de 2010 aluden a una de las ideas clave del neoliberalismo: la aparente ineptitud de empresas en materia de construcción inmobiliaria. La narración describe cómo fue el terremoto de México en 1985, un evento que fue provocado, entre otros asuntos, por la edificación en suelos no aptos para construir, debido a factores naturales de épocas precedentes como la existencia de un lago. Dicha descripción se efectúa de la siguiente manera:

El terremoto de México fue de 8.1 pero devastó el Distrito Federal por la irresponsabilidad de los constructores y por las condiciones del subsuelo, cuya persistente memoria recuerda que allí existió un lago (...) Los mexicanos repasamos cataclismos anteriores y supusimos que la ciudad estaba devastada (...) En la mente de los mexicanos se combinaban el temor atávico a los terremotos y la convicción de que los edificios están mal contruidos (46-47).

El narrador resalta cómo las decisiones de empresas constructoras provocaron daños importantes en el Distrito Federal mexicano, cuando recuerda cómo esta situación tiene como principal detonante la edificación sobre un subsuelo con condiciones incompatibles con la estabilidad. Desde esta óptica, el antiguo lago que se ubicaba en el Distrito Federal actúa como un ente protagonista que revela las lógicas neoliberales al momento de establecer edificaciones en un espacio frágil y con pocas posibilidades de habitabilidad, en otras palabras, la construcción social del riesgo en torno a la “irresponsabilidad de empresas constructoras”. Desde esta perspectiva, el pasaje citado, ilustra cómo las decisiones de empresas constructoras, en ciertos casos, son riesgosas para los futuros moradores de viviendas levantadas sobre suelos o subsuelos inapropiados para construir. Como nos recuerda Virginia García Acosta (2005) la construcción social del riesgo, también llamada construcción social asociada con los riesgos, es el entramado social que se establece a partir de “(...) prácticas humanas relacionadas con la degradación ambiental, el crecimiento demográfico y los procesos de urbanización (...)” (17). En la crónica, esta situación se observa en la cita anterior, ya que grafica cómo las empresas construyen y urbanizan sectores que no reúnen las características idóneas de habitabilidad de suelos. Así, la ciudad urbanizada de México es el lugar físico que demuestra explícitamente el concepto acuñado por García Acosta, de manera que la construcción social del riesgo posibilita la tragedia del desastre desde una decisión empresarial, una práctica humana permeada por el modelo neoliberal.

Sin embargo, la representación de las decisiones riesgosas tomadas por las constructoras mexicanas en el contexto del terremoto de 1985 no solo se queda en la realidad de México, pues da paso a las reflexiones del narrador sobre la realidad

arquitectónico-constructora chilena presente en el año 2010. En este sentido, la construcción social del riesgo que se presenta en la edificación de construcciones sobre suelos frágiles que ya observamos en la crónica de Villoro cumple un fin comparativo. El protagonista relata su paranoia sísmica, debido a los alcances del desastre mexicano de 1985. No obstante, esta información no solo describe el terror mexicano por los cataclismos y los desplomes, sino también para establecer un nexo comparativo con las particularidades de las construcciones chilenas. La comparación de los inmuebles mexicanos de 1985 y las viviendas chilenas de 2010 hace evidente la influencia del modelo neoliberal, particularmente desde 1990:

Los mexicanos habíamos entrado en una documentada paranoia; disponíamos de mucha información para imaginar desplomes, pero ignorábamos que la arquitectura chilena es una forma de milagro. Solo esto explica que en Santiago los daños fueran menores (...) (en su mayoría, se trata de inmuebles posteriores a 1990, cuando las leyes de supervisión se hicieron menos estrictas). «Le tenemos terror a los edificios nuevos. Debería ser al revés, ¿no?»», comentaría después el cronista Francisco Mouat (49).

Para el protagonista, narrar y recordar su paranoia sísmica sirve para develar las particularidades de la sociedad mexicana y chilena en lo que respecta a la construcción de inmuebles y el inminente riesgo que esto convoca ante catástrofes naturales. Al hacerlo, los recuerdos se contraponen a las observaciones del contexto chileno de 2010, de manera que la arquitectura de Santiago es “una forma de milagro”, debido a los pocos daños presentes en algunas edificaciones y la escasa cifra de demoliciones o derrumbes. No obstante, las descripciones del miedo mexicano por los desplomes y la comparación con la arquitectura de Chile apuntan, simbólicamente, a las implicancias del contexto ideológico que permea la realidad chilena. El narrador señala que “(...) Otros edificios fueron desalojados y otros más tendrán que ser demolidos (en su mayoría, se trata de inmuebles posteriores a 1990, cuando las leyes de supervisión se hicieron menos estrictas)” (49). En este sentido, cuando el narrador resalta que los edificios que serían demolidos fueron construidos después de 1990, indica cómo en la realidad constructora nacional ocurrió un cambio legislativo que

deriva en decisiones empresariales que conllevan daños estructurales graves frente a la ocurrencia de eventos naturales. Como indica Henry Giroux (2006) la ideología neoliberal, rige la totalidad de las “decisiones políticas, sociales y económicas” (74), provocando modificaciones legales que permiten la disminución del Estado en materias diversas y aumentando la libertad de acción para los privados, por lo cual disminuyen la acción estatal, la fiscalización y la regulación (74). Desde esta perspectiva, la comparación de dos realidades arquitectónico-constructoras (chilena y mexicana) devela el actuar del modelo neoliberal, en esta oportunidad, en lo que se refiere a las decisiones de construcción ejecutadas por empresas.

Además, en esta observación del protagonista, se introduce la voz del cronista Francisco Mouat quien declara explícitamente que los riesgos de derrumbe de edificios y viviendas son mucho mayores en las construcciones modernas: “«Le tenemos terror a los edificios nuevos. Debería ser al revés, ¿no?»», comentaría después el cronista Francisco Mouat” (49). Esta paradoja se origina por los efectos de las políticas de construcción y obras públicas neoliberales que perduran hasta hoy, pues como ha señalado Antonio Daher (1989) los intereses del neoliberalismo aplican la lógica de compra y venta incluso en materia de urbanización y vivienda, ya que como se declara en la *Política Nacional de Desarrollo Urbano* promulgada en 1979 “el uso del suelo queda definido por su mayor rentabilidad. La tierra es un recurso que se transa en forma libre (...) y ‘Se definirán procedimientos y se eliminarán restricciones de modo de permitir el crecimiento natural de las áreas urbanas, siguiendo las tendencias del mercado’” (Ministerio de Vivienda y Urbanismo ctd. en Daher 283). Así, el mercado de vivienda y su producción son conducidos por el sector privado bajo escasos procedimientos de fiscalización y una escasa supervisión estatal al quehacer de empresas constructoras, porque posee una dimensión comercial-inmobiliaria que se ilustra sutilmente en la crónica de Villoro.

En el texto, la inserción de observaciones y opiniones del protagonista sirve para reforzar las implicancias de la ideología neoliberal respecto de la ocurrencia de desastres y, sobre todo, la construcción social del riesgo en torno a la aparente irresponsabilidad de constructoras. Es decir, la posición crítica del narrador-personaje expone ciertos indicios que nos llevan a pensar en cómo el neoliberalismo permite que las empresas se exculpen de

los daños que se producen luego de un evento natural, de manera que estos eventos revelan las condiciones reales de la arquitectura y la construcción:

Los terremotos son inspectores de la honestidad arquitectónica. En 1985, el sismo de la ciudad de México demostró que la especulación inmobiliaria y la amañada construcción de edificios públicos eran más dañinas que los grados Richter. «Con usura no hay casa de buena piedra», escribió Ezra Pound. El destino suele transformar sus caprichos en lecciones morales (49).

Este pasaje muestra cómo la comparación de la arquitectura chilena y mexicana revela que la construcción de inmuebles se ciñe a factores dañinos que derivan de un contexto mercantil neoliberal. En este sentido, la construcción social del riesgo acuñada por Virginia García Acosta es fomentada por la especulación inmobiliaria. Antonio Daher (1989) señala que esta práctica se desprende de las medidas propias del mercado urbano neoliberal en que “La libre competencia del mercado del suelo dista mucho de una situación de competencia perfecta (por) el incumplimiento de los supuestos de homogeneidad del bien, concurrencia, falta de transparencia y movilidad espacial de los recursos (...) como un caso de competencia monopólica” (Trivelli ctd. en Daher 284). Desde esta óptica, la especulación inmobiliaria se rige por el principio rector monopólico que maneja el mercado del suelo urbano, de modo que esta se entiende como la obtención de ganancias a través de la compra y venta de inmuebles o terrenos que adquieren, por inversiones y atributos externos, valor y cualifican su contexto, dan cabida a la predominancia de la construcción por fines comerciales que posibilitan la condición inmueble del suelo y se liga al concepto usura aludido por Villoro en su crónica.

Es importante comentar sobre este aspecto, que se evidencia cómo el neoliberalismo moldea los actores de empresas constructoras que configuran la construcción social del riesgo mediante decisiones que no contemplan factores riesgosos, responden a lógicas de compraventa y se ciñen a principios netamente económicos. Por ello, al comprender cómo actúan las constructoras es posible mencionar cómo la aparente “irresponsabilidad de empresas” es más bien una decisión consciente que edifica con fines mercantiles, desplazando el bienestar a largo plazo de futuros moradores. De hecho, no es accidental que

Villoro incluya la frase del poeta estadounidense Ezra Pound “«Con usura no hay casa de buena piedra»” (49), pues resalta e inserta en el relato cómo los intereses usureros dan cabida a la fragilidad de las construcciones por meros fines e intereses económicos. En consecuencia, la construcción social del riesgo y la “irresponsabilidad exculpatoria de empresas” puede ser leída como una expresión de los principios rectores del neoliberalismo en torno a la urbanización, de forma que las construcciones se ejecutan bajo lógicas que se distancian de la fabricación de ciudades y viviendas estables y seguras. Por tanto, la edificación es una de las tantas expresiones permeadas por el neoliberalismo como ideología imperante y propiciadora del desastre.

2.2 *Striptease* moral y neoliberal: Los desastres como evidencia de la doble moral, vulnerabilidad y desigualdad social

En la sección anterior, se discutió cómo las decisiones negligentes de empresas privadas, en torno a la construcción social del riesgo, contemplan una de las principales causas que provocan los desastres al interior del contexto neoliberal. Sin embargo, en este apartado se discutirá de qué manera la crónica 8.8 *El miedo en el espejo. Una crónica del terremoto en Chile* revela cómo los desastres sacan a la luz las fallas del modelo neoliberal y la doble moral social a través de la figura del *striptease*, un término propuesto por el propio autor en el capítulo “El sabor de la muerte”. De este modo, la narración de Villoro en el capítulo antes mencionado, evidencia de qué manera los desastres, particularmente el desastre del 27F, dan a conocer las contradicciones y efectos que la ideología neoliberal ha instaurado en la sociedad.

En principio, el capítulo “El sabor de la muerte” pareciera exhibir una sucesión de imágenes que retratan las emociones del cronista-protagonista y sus colegas, además de las demostraciones de apoyo que diferentes personalidades del mundo cultural chileno y compatriotas anónimos ejercieron para con ellos y los miles de damnificados en 2010. Así, estas actuaciones o demostraciones colectivas de apoyo ante los efectos del terremoto permiten establecer una reflexión en torno a cómo estos actores socio-colectivos visibilizan las fallas neoliberales, de manera que la noción de *striptease* moral acuñado por Villoro se posiciona como un movimiento que exhibe la doble moral junto a la

vulnerabilidad y desigualdad social existente en Chile. No obstante, antes de analizar esta idea resulta pertinente recordar el significado del concepto de *striptease*, para luego estudiar el uso y los roles que cumple en la crónica villoriana y que son de interés para esta investigación.

Según la Real Academia Española en su *Diccionario de la Lengua Española* (DRAE) la noción de *striptease* se refiere a “Espectáculo en el que una persona se va desnudando poco a poco, y de una manera insinuante” (“Striptease o Estriptís”, def. 1). Sin embargo, en la crónica este término aparece como una alusión al doble actuar de la sociedad chilena ante las realidades complejas que provocan los desastres, específicamente el desastre ocurrido luego del terremoto del 27 de febrero de 2010. Por ello, el término grafica el desenmascaramiento de la sociedad chilena neoliberal que transita entre lo competitivo, exitoso y lo solidario-vulnerable, aspectos que salen a la luz en contextos de desastre. Así, la primera alusión a este desenmascaramiento se da en la siguiente cita:

Los terremotos representan un *striptease* moral. Lo peor y lo mejor salen a la luz. El escritor chileno Julio Gálvez Barraza vivió la tragedia muy cerca del epicentro. En los textos que no dejó de escribir en medio de las réplicas, con una entereza que ennoblece al oficio, contó de un bombero que perdió a toda su familia y sin embargo siguió trabajando para salvar a quien pudiera. También, contó de la fonda donde ha comido muchas veces y a la que entró para ver noticias en la televisión porque su casa seguía sin luz. El dueño, que lo conoce desde hace mucho, le dijo que no podía estar ahí si no consumía nada. Días de gloria y mezquindad (51).

A partir de esta cita, resulta adecuado poner atención en la primera afirmación que la narración inserta: “Los terremotos representan un *striptease* moral. Lo peor y lo mejor salen a la luz” (51). Esta oración plantea cómo eventos inesperados como los terremotos develan la ambivalencia humana que circula entre dos polos: lo bueno y lo malo. Esta ambivalencia es desarrollada por Kathya Araujo en “Sujeto y neoliberalismo en Chile: rechazos y apegos” (2017), pues advierte que:

La vida social (neoliberal) se ha transformado y con ello los modos en que los individuos la perciben (...) Las transformaciones acontecidas abren un escenario complejo en el que junto con un nuevo horizonte de expectativas aparecen formas renovadas de dominación y explotación; en el que se reconstruyen los rasgos que estructuran la sociedad al mismo tiempo que el lazo social se ve sometido a altas dosis de tensión; en el que conviven lógicas relacionales contradictorias que hacen difícil la generación de sentimientos de pertenencia y de comunidad y simultáneamente nuevas formas de solidaridad e implicación empiezan a desarrollarse. Es esta ambivalencia también la que caracteriza la relación de los individuos con estos cambios (3).

Araujo explica que la instauración del modelo neoliberal no solo implicó la instalación de medidas económicas y políticas, sino también nuevas formas de relacionar que impactaron sustancialmente los vínculos socioculturales. Por estas razones, sociedades neoliberales como la chilena experimentaron transformaciones que se mueven entre los ámbitos laborales y sociales, de modo que los vínculos relacionales se contradicen al no conformar comunidades ni mecanismos de empatía o solidaridad totalmente genuinos, pues se debe recordar que las lógicas neoliberales promueven valores como la competencia, el éxito, el individualismo o el mérito (Giroux 75). De esta forma, la ambivalencia humana señalada por Araujo, en este caso, se observa a través de la escasa o nula conformación de comunidades y la escasa solidaridad de vínculos comunitarios. En este sentido, la crónica de Villoro inserta este aspecto neoliberal de manera sutil al introducir la noción de *striptease*. Al hacer esto, el autor equipara esta figura con la moral y las “buenas y malas acciones humanas” en realidades adversas o complejas como el desastre ocurrido en febrero de 2010. Esto se debe a que, en este relato, las fuerzas impulsoras en la sociedad derivan en una contradicción socio-moral, pues se abordan situaciones que sugieren una doble moral que se apodera de la masa social. La representación de esta ambivalencia y la doble moral social se evidencia, por ejemplo, en la situación que afecta al bombero que pierde a su familia y continúa su labor, pero que posteriormente es forzado a consumir productos en la fonda a la que asiste a informarse, debido a la ausencia de suministro eléctrico en su hogar.

No obstante, la representación del *striptease* moral no solo se queda con las contradicciones que se ilustran en los escritos de Julio Gálvez Barraza sobre el “bombero héroe” que fue obligado a pagar y consumir en la fonda a la que asistía luego de la tragedia que enlutó a su familia, pues se da paso a las formas comunitario-solidarias neoliberales que envuelven al narrador y sus colegas. En este sentido, la ambivalencia moral que se presenta el 27F muestra el tránsito entre la dicotomía solidaridad-indolencia y falta de comunidad, desde una perspectiva descriptiva y comparativa. Más tarde, el protagonista relata, extrañado, las redes solidarias que rodean su experiencia sísmica en Chile. Sin embargo, esta información no solo describe las situaciones que vivió en ese entonces, sino que también alude a la atención privilegiada que recibió en el complejo momento. Así, se da cuenta de otro asunto que alude a cómo el narrador y los demás invitados al Congreso organizado por Editorial SM, quedaron a la deriva, por lo que el hotel se sitúa como un espacio simbólico de valores neoliberales: las escasas muestras de apoyo para los pasajeros, a pesar del pago de los servicios y el surgimiento de redes de apoyo comunitarias. Por ello, a partir de la cita del texto de Villoro, es posible notar cómo particularmente a manos de los escritores Antonio Skármeta y Esteban Cabezas, el narrador y los demás pasajeros invitados fueron socorridos. De este modo, se devela un nuevo movimiento, los actores comunitarios-solidarios:

En la zozobra que siguió al terremoto una red de solidaridad se estableció con los amigos de Santiago. El mismo 27 de febrero, Antonio Skármeta y Esteban Cabezas se presentaron en el hotel para cerciorarse de que no nos faltara nada. Otros colegas mandaron mensajes de texto ofreciendo platillos, mariscos y vinos. Nos sentimos en una versión revisada del Titanic: estábamos a la deriva, pero la atención era espléndida. Chilenos que acabábamos de conocer ofrecieron sus casas para quienes temían dormir en las alturas y una extraña comunidad se estableció entre quienes se instalaron en el lobby. Pensé que se fraguarían rivalidades de un sofá a otro, como una obra de Harold Pinter, pero no hubo mayores tensiones (52).

Para el protagonista, narrar la angustia de los momentos post terremoto funciona como un nexo que vincula la zozobra post evento y la solidaridad desinteresada. En la cita se exhibe cómo las muestras de apoyo abundaron para los extranjeros que estaban en el hotel y se estableció un lazo de empatía y preocupación. En esta línea, resulta fundamental recurrir a la noción de “actuares morales en la sociedad neoliberal” que emergen en contextos adversos. Como indica Araujo (2017) la ideología neoliberal contempla la emergencia de grupos que se articulan desde la solidaridad o cooperación comunitaria en la que muchos miembros se reconocen como ciudadanos populares, vinculados al mundo cultural o de tendencias cercanas a la izquierda (7). En este caso, la red de apoyo cultural encabezada por Skármeta y Cabezas se ciñe a lo que Kathya Araujo define como el actuar moral desde la solidaridad, pues las acciones realizadas representan estos actuares comunitarios-solidarios que pretenden apoyar a quienes tenían menos conocimientos y herramientas para enfrentar el cataclismo. Desde esta óptica, la solidaridad que envolvió el escenario post terremoto fue una muestra de contención que pretendía demostrar la colaboración entre actores de la cultura. En este sentido, se torna interesante analizar cómo la figura del *striptease* moral y neoliberal, en esta ocasión, muestra las buenas intenciones solidarias que no plantean intereses explícitos, sino que se insertan en un núcleo cooperativo, comunitario y cultural que se desliga de los principios competitivos e individuales promovidos por el modelo neoliberal.

Como ya se mencionó anteriormente, la figura del *striptease* retrata el movimiento entre la ambivalencia humana moral en la ideología neoliberal, pero simultáneamente, este baile metafórico posibilita la identificación de las dos caras del neoliberalismo: la bonanza o éxito económico de algunos sectores versus la vulnerabilidad que afecta a los sectores más desposeídos de la sociedad. Es importante comentar que, como señala Giroux (2006) la sociedad neoliberal que se rige por principios como el consumismo, la competencia o el individualismo ha generado problemáticas en diversas esferas de la realidad como, por ejemplo, la generación acentuada de desigualdad social. No obstante, estos problemas han sido parte de ciertos aspectos olvidados que están presentes siempre y Henry Giroux devuelve a nuestra memoria cuando afirma: “Los problemas que han surgido de la aplicación del modelo neoliberal —virulenta y persistente pobreza, desempleo (...) y creciente desigualdad entre ricos y pobres— han desaparecido del discurso público” (82).

Justamente, este asunto se encuentra en la crónica, pues se ilustra cómo la desigualdad social se revela ante el desastre, entendido como el producto social derivado de un marco contextual con factores de vulnerabilidad y riesgo que se torna complejo y potencialmente peligroso para las personas (Romero y Maskrey 7). Algunos de los efectos ocasionados por el cataclismo son relatados de la siguiente forma:

La suspensión de vuelos y la ocasional falta de teléfonos, Internet, suministro de electricidad y agua fueron las señas visibles de la catástrofe en Santiago. Era como estar en un *reality show*: nuestra vida se asemejaba a la realidad controlada de un estudio de televisión; en cambio, lo que estaba afuera resultaba temible y casi ficticio: las cámaras retrataban una realidad salvaje al sur de Chile. Los supermercados asaltados fueron el rostro dramático de un país que tenía hambre (...) Como tantas veces, los periodistas llegaron al desastre antes que las personas que debían aliviarlo, y como siempre, los más afectados fueron los que habían padecido previamente el cataclismo de la pobreza (53).

Inicialmente, en la cita se ilustran los principales eventos que causó el terremoto de 2010 en materia de conectividad, telefonía y vuelos comerciales, bienes materiales y servicios que se posicionan como bienes de consumo característicos de clases sociales con mayor poder adquisitivo y representan las desigualdades de la sociedad chilena en materia de adquisición. Asimismo, la narración se fusiona con elementos cómicos que pretenden levantar un relato que dinamiza lo complejo de la situación, asemejándolo a un mero *reality show* controlado por un sistema mayor que criminaliza a ciertos individuos de la población: “(...) en cambio, lo que estaba afuera resultaba temible y casi ficticio: las cámaras retrataban una realidad salvaje al sur de Chile. Los supermercados asaltados fueron el rostro dramático de un país que tenía hambre” (53). A partir de esta cita, es posible advertir cómo el autor inserta de manera sutil una crítica al rol comunicacional de los medios en el contexto neoliberal y la condena social a jóvenes de clases populares, pues se expone de qué forma la realidad del sur del país fue “salvaje” y “temible” por los saqueos ocurridos. Así, como señala Giroux (2006) el perfil de los principales encarcelados es la juventud

“Objeto de cárcel, desempleo y discriminación” (81), ya que el encarcelamiento de jóvenes de sectores populares y de color son los principales detenidos por circunstancias sociales y delitos menores (79). De esta forma, siguiendo los aportes de Giroux, el modelo neoliberal emplea mecanismos de discriminación, criminalización y supresión contra la juventud popular, debido a su anhelo por el “ordenamiento social” (79). Por ello, cuando Villoro retrata la condena social y mediática a quienes saquearon supermercados en Concepción, se esboza la criminalización del otro a partir de sus raíces y características etarias y socioculturales.

Si bien es cierto Villoro esboza una crítica a los medios de comunicación que informan de realidades salvajes y criticables, como si de escenarios enjuiciables se tratase, otro aspecto que resalta la revelación de las desigualdades económicas con el movimiento del *striptease* neoliberal se presenta de la siguiente manera:

Dos días después del terremoto visité una casa en las afueras de Santiago, con piscina y jardines. El fraccionamiento donde se encontraba, de aire campestre, transmitía un lujo sin excesiva ostentación. Los dispositivos de seguridad—puertas eléctricas, cámaras de vigilancia— parecían naturales, como si pertenecieran al buen funcionamiento del ambiente (...) Un sitio deliberadamente neutro, estandarizado por el confort, uno de tantos espacios latinoamericanos que revelan que Miami puede estar donde sea. Al ver la cordillera desde la serenidad de ese jardín, había que hacer un gran esfuerzo para recordar que el escenario pertenecía al país arrasado por el terremoto (54).

En esta cita, el protagonista describe los atributos que componen una casa ubicada en las afueras de Santiago. Esta descripción evidencia cómo la bonanza económica se apodera de la decoración y la dimensión espacio-objetual del hogar visitado por el protagonista. Así, las descripciones hacen hincapié en la dimensión espacial que se entremezcla con la calma, la comodidad, la naturaleza latinoamericana con la vista a la cordillera y la sincronidad con la seguridad del sitio. Desde esta perspectiva, esta cita ilustra explícitamente cómo en ciertos sectores acomodados de la sociedad chilena el colapso producido por el gran sismo

no ocasionó mayores daños y se contrapone a las complejidades que afectaron a una gran cantidad de ciudadanos que, lejos de olvidar los minutos de terror, se preocupaban por ubicar a familiares, recuperar sus hogares, organizar nuevamente sus vidas y colaborar en remover escombros. No obstante, esta descripción casi idílica del lugar da paso al contraste de realidades, apuntando a las diferencias que se viven dentro del mismo país:

Al sur, la historia era distinta. La isla Robinson Crusoe fue cubierta por el agua y la espuma, como el personaje que le dio su nombre. El tsunami dejó miles de desaparecidos y sepultados en el lodo. Para el día 4 de marzo se hablaba de ochocientos muertos. Los rescatistas chilenos que estuvieron en Haití comentaban la dificultad de sacar cuerpos de construcciones de concreto, encapsulados en el lodo endurecido después del tsunami (54).

Esta cita muestra cómo la realidad en la isla Robinson Crusoe discrepa de la tranquilidad del hogar descrito anteriormente, de manera que se contrastan los hechos que afectaron a diversos sectores del país. En la isla, el tsunami provocó múltiples daños que se sumaron a los miles de desaparecidos que, en algunos casos, fueron encontrados bajo el lodo días más tarde. Desde esta óptica, es posible observar cómo sectores desposeídos y menos céntricos, como la isla Robinson Crusoe, fueron más afectados que otras localidades con mayor poder adquisitivo y condiciones geográficas o de seguridad. Por estos motivos, la narración exhibe de qué manera se establecen contrastes sociales que, con la ocurrencia de eventos naturales como los terremotos y maremotos, revelan las desigualdades que aquejan a la población. En este sentido, la cita refleja las adversidades que los isleños sobrellevaron, mientras que en el caso anterior la realidad pacífica de ensueño se desliga del suceso ocurrido. Asimismo, el relato esboza un fin comparativo, ya que compara el confort del lugar con la recreación contextual de un Miami latinoamericano, una suerte de referencia metafórica que remite a uno de los destinos preferidos para vacacionar y que cuenta con gran cantidad de población latina. Por tanto, se discrepa de todo tipo de referencias a colapsos, dificultades y desastres que se convocan en el relato sobre la isla.

No cabe duda de que el maremoto del 27F afectó gravemente a la isla Robinson Crusoe. El evento de 2010 se suma a una serie de tsunamis que han azotado,

históricamente, este sector del archipiélago de Juan Fernández. Una de las primeras tragedias documentadas es el maremoto de 1751, evento recordado por Rosa Urrutia y Carlos Lanza (1993):

La isla Más a Tierra del archipiélago de Juan Fernández¹⁶ había sido poblada por orden del monarca español, a mediados de marzo de 1750, en prevención de que fuera ocupada por Inglaterra (...) El maremoto del 25 de mayo de 1751 arrasó con todo lo que se había alcanzado a levantar, con la mayor parte de los abastecimientos, pertrechos y municiones. Peciéron treinta y siete personas, entre ellas, el gobernador y su mujer, quienes se encontraban a bordo de un barco surto en el puerto, que se estrelló contra los arrecifes (64).

En este caso, el maremoto de 1751 da cuenta de los primeros estragos sufridos por los habitantes de la isla en plena época de población monárquico-española. De esta manera, la ocurrencia de este evento natural produjo la muerte de varias personas, incluso del gobernador y su esposa, demostrando las particularidades y riesgos que poseen sus condiciones geográficas. Como señalan Patricio Winckler et. al. (2010) tanto la isla Robinson Crusoe como el archipiélago de Juan Fernández en su conjunto, cuentan con terrenos susceptibles de inundaciones, por lo que “no es posible ubicar todas las edificaciones lejos de las áreas potencialmente inundables, por lo que el diseño de la edificación y su construcción jugarán un rol crítico en el desempeño de las estructuras en el evento de un tsunami” (11). Desde esta perspectiva, se puede manifestar que las características del territorio son riesgosas naturalmente, debido a la existencia de fallas que facilitan las inundaciones en contexto de maremotos o tormentas. No obstante, a pesar de estas evaluaciones, la isla continúa sin resguardos como “(...) la elevación de la casa mediante pilotes robustos, la generación de ejes estructurales más rígidos que los simples muros perimetrales comúnmente utilizados a la fecha, el uso de anclajes al suelo y sistemas

¹⁶ Hasta el año 1966, la isla Robinson Crusoe, fue conocida bajo el nombre de isla Más a Tierra. Este cambio de nombre fue ejecutado bajo el Decreto Presidencial 130, promulgado bajo el mandato del expresidente Eduardo Frei Montalva.

de sujeción entre elementos estructurales” (11). Por tanto, es posible notar la precariedad con la que los habitantes, históricamente, se han visto afectados por la carencia de medidas de seguridad en viviendas y puertos. Un fenómeno que, nuevamente, en 2010 produjo una gran tragedia.

Es importante señalar que en el capítulo “El sabor de la muerte” se crean las condiciones para analizar de qué manera la noción de *striptease* moral acuñada por el propio Villoro, se posiciona como un desenmascaramiento neoliberal que en el desastre revela algunos de los principales temas que se establecen bajo el neoliberalismo como, por ejemplo, la solidaridad que busca intereses, la indolencia y la falta de instancias de comunidad que se ligan con la desigualdad y vulnerabilidad social. Por ello, al comprender cómo los ideales del neoliberalismo actúan en la sociedad es posible concluir que este modelo no solo se ejecuta en medidas económico-políticas, sino también en esferas socioculturales y relacionales. De hecho, no es antojadizo que Juan Villoro incluya la noción de *striptease* moral para referirse a los momentos convulsos ocasionados el 27 de febrero de 2010, pues se enfatiza la ambivalencia humana que emerge en contextos adversos y complejos en términos de relaciones personales. De este modo, la figura del *striptease* permite observar cómo los movimientos que articula el autor en la narración desnudan la realidad de la sociedad chilena, a partir del destape de sus actuares socioafectivos, la doble moral y la desigualdad social que desmorona la imagen de éxito nacional que envuelve gran parte del panorama contextual chileno.

Capítulo 3: Análisis crónica 27F. Los otros damnificados. Crónicas de una periodista en práctica de Natalia Sánchez (2014)

En los apartados anteriores, se discutió de qué manera la crónica 8.8 *El miedo en el espejo. Una crónica del terremoto en Chile* revela cómo las decisiones negligentes de empresas constructoras se erigen como pilares de la construcción social del riesgo y de qué manera los desastres exponen las fallas del neoliberalismo y la doble moral social que se asimila a la figura del *striptease*. En este apartado se discutirá de qué forma 27F. *Los otros damnificados. Crónicas de una periodista en práctica*, de la periodista Natalia Sánchez, evidencia cómo el tratamiento mediático de la información y el rol de los medios de comunicación en contextos de desastre, esbozan los vínculos entre neoliberalismo, desastre y periodismo, abordando otra de las dimensiones que posicionan a los desastres como configuraciones sacionaturales.

El texto de Sánchez puede ser leído como un intento de escribir una memoria crítica que grafica las vivencias de una periodista en práctica luego del terremoto y maremoto del 27 de febrero de 2010. La crónica se centra en la reflexión en torno al oficio y el deber ético del periodista, enlazando anécdotas, recuerdos y algunas expresiones coloquiales que resumen situaciones que involucraron la práctica profesional de la narradora protagonista. Así, la obra de Sánchez se estructura mediante capítulos que alternan el presente y el recuerdo de los días siguientes al 27F, a partir de una narración en primera persona que describe prolijamente las contradicciones factuales en el abordaje de noticias y vivencias en medio de la gira presidencial de Sebastián Piñera que recorrió lugares devastados y se acercó a la realidad de miles de damnificados.

3.1 Medios de comunicación y tratamiento mediático de la información: Vínculos entre neoliberalismo, periodismo y desastres

En la crónica se exponen una serie de descripciones y reflexiones que ilustran la experiencia de Sánchez en su viaje a localidades afectadas por el terremoto y maremoto de 2010. De este modo, el recorrido por estos lugares permite detectar cómo el desastre del 27F se configura como un fenómeno sacionatural que no solo se compone de factores como

la construcción social del riesgo o la desigualdad y la vulnerabilidad social propiciada por la instalación del modelo neoliberal, sino que también por el rol de los medios de comunicación en la difusión de información, situación que en la crónica se expone de la siguiente manera:

Pensemos en el episodio que puso en tela de juicio al periodista de Televisión Nacional Amaro Gómez Pablos. Esta es la escena: es la mañana del 28 de febrero de 2010 y bomberos está en medio de un operativo de rescate en un edificio en Concepción. El periodista está allí transmitiendo en directo, en medio de los escombros, donde ciertamente cualquier cosa podría aparecer (121).

En esta cita, que irrumpe en el relato pormenorizado sobre el contexto post 27F, se resalta cómo el periodista Amaro Gómez Pablos transmitió dos hechos que tuvieron lugar el día siguiente al 27 de febrero: el operativo de rescate realizado por bomberos en un edificio y el saqueo a un supermercado Líder en Concepción. En este pasaje, se expone cómo Gómez Pablos, en el contexto post-desastre, presenta la información a través de la presentación de la tragedia como un espectáculo informativo-visual. Como ha señalado Ignacio Ramonet en *La tiranía de la comunicación* (1998), las funciones de comunicadores y periodistas convergen en un único propósito: informar. No obstante, desde la irrupción de la televisión y el dominio comunicacional de grandes grupos económicos con la aparición del capitalismo neoliberal, la información ha adquirido un tratamiento distinto. Los hechos son expuestos en el momento en que ocurren, de manera que el periodista se transforma en un relator que instala la dicotomía “telespectador-historia”, desplazando aspectos como el análisis socio-comunicacional, la objetividad y la veracidad de la información (7). Desde esta perspectiva, el tratamiento mediático de la información ilustrado en el texto de Sánchez evidencia cómo el periodista transmite desde los escombros de un edificio que es intervenido para rescatar posibles sobrevivientes. Así, el componente trágico post 27F es retratado y transmitido *in situ*, de modo que la información se transforma en un espectáculo que se difunde como una historia llamativa, debido a la exposición de una escena específica que apela a la novedad y en parte a la emocionalidad de espectadores y protagonistas.

Como ya se mencionó anteriormente, el actuar periodístico de Amaro Gómez Pablos estuvo en tela de juicio, debido a que la transmisión en vivo del operativo de rescate en el edificio penquista se difundió como un hecho que responde al tratamiento mediático que difunde la tragedia de miles de damnificados como una historia espectacular. No obstante, la transmisión continuó al cubrir los saqueos ocurridos en aquel momento, pues el periodista se dirigió al lugar para interpelar a quienes sustrajeron algunos objetos del supermercado afectado:

En ese preciso instante estaban saqueando un supermercado Líder en Av. Arturo Prat. Gómez Pablos se dirige hacia el supermercado y se encuentra de frente con las personas saliendo con los objetos extraídos.

Hay dos momentos inolvidables de aquella transmisión continuada; uno en que una persona carga un televisor plasma enorme y Amaro le pregunta "¿es este un artículo de primera necesidad?", y luego otro en que una persona lleva una lavadora al hombro. A raíz de estas imágenes se generaron rápidamente múltiples reacciones en las redes sociales (121).

Esta larga reflexión de la narradora acerca del tratamiento comunicacional de los saqueos demuestra su interés en cuestionar ideas dominantes en el quehacer periodístico nacional que se desarrolla, mayoritariamente, en televisión. En este sentido, se torna vital reparar en la afirmación: "Hay dos momentos inolvidables de aquella transmisión continuada; uno en que una persona carga un televisor plasma enorme y Amaro le pregunta "¿es este un artículo de primera necesidad?", y luego otro en que una persona lleva una lavadora al hombro" (121). Esta oración exhibe de qué manera Gómez Pablos interpela a los "saqueadores", de modo que se difunde una imagen que apela al cuestionamiento del actuar social. De este modo, la cita representa cómo el rol periodístico y de los medios de comunicación se ajustan a lo que Ramonet denomina las "intenciones incuestionables por comunicar hechos siguiendo una lógica que redefine la normalidad" (8). Las ideas preponderantes sobre el abordaje y difusión de la información se ciñen a los actuares comúnmente ejecutados en medios masivos presentes en sociedades neoliberales. Como nos recuerda Jesús González en *Medios de comunicación ¿Al servicio de quién?* (2019):

Manteniendo las mismas pautas que en otras esferas, como la económica, el discurso neoliberal va a intervenir de forma similar en los medios de comunicación (...) (la comunicación) debería entenderse como un bien social, esencial para la convivencia y el desarrollo de la democracia en cualquier sociedad. Tampoco es real la afirmación de que la ciudadanía tiene en su mano la libre elección por unos u otros mensajes, sobre todo cuando estos se irán homogeneizando y controlando por los grandes grupos mediáticos que definen qué vemos, escuchamos, leemos o cómo nos entretenemos (...) Desde luego, esto encierra también una intención incuestionable de decirnos qué debemos pensar, opinar e incluso sentir (16-18).

González señala que la propagación del modelo neoliberal se expande a todas las esferas y poderes que conforman una sociedad, de manera que la comunicación responde a sus lógicas y principios. Por estos motivos, los medios de comunicación se ajustan a los valores neoliberales que posicionan a grandes conglomerados mediáticos como los principales controladores de la información, difundiendo ideas, informaciones y noticias específicas. En el caso chileno, El Mercurio Sociedad Anónima Periodística (El Mercurio S.A.P.) se posiciona como el mayor *holding* comunicacional digital y escrito que cuenta con periódicos de circulación nacional y regional, emisoras de radio y sitios web (González 19). Desde esta óptica, en sociedades neoliberales como la chilena el tratamiento comunicacional de la información se amolda a los principios establecidos por grandes empresas en el ámbito de la comunicación, de modo que el abordaje mediático es similar en medios privados y públicos. Por ello, el actuar de Amaro Gómez Pablos para el noticiero de Televisión Nacional de Chile se asemeja a la difusión informativa de otros canales de televisión o periódicos de circulación nacional. En la crónica, la autora sostiene su crítica al actuar y deber periodístico post 27F al exponer las reflexiones de un columnista que exhibe su cuestionamiento al rol mediático bajo un seudónimo en el portal *Gugulson.cl*:

En Chilevisión Macarena Pizarro hacía la misma labor reporteril mientras en estudio veíamos a un furioso Iván Núñez tratando a esta gente con una

severidad que nunca le habíamos visto en su carrera periodística, nunca, y eso que él condujo un programa supuestamente de denuncia llamado Esto no Tiene Nombre (...) Entre hoy y ayer prácticamente el 70% del contenido de los noticiarios trataba de los saqueos, vi la toma de Amaro retando a la gente como 15 veces sin exagerar, y diarios como *Las Últimas Noticias* y *La Tercera* le dedican un notorio número de páginas a esto del pillaje (Goku de *Gugulson.cl* ctd. en Sánchez 122-123).

A partir de la cita del columnista de seudónimo Goku en el portal informativo *Gugulson.cl*, es posible observar cómo se critica la forma en que actuaron los medios luego de los eventos de 2010. El autor es explícito al señalar que “Entre hoy y ayer prácticamente el 70% del contenido de los noticiarios trataba de los saqueos, vi la toma de Amaro retando a la gente como 15 veces sin exagerar, y diarios como *Las Últimas Noticias* y *La Tercera* le dedican un notorio número de páginas a esto del pillaje” (Goku de *Gugulson.cl* ctd. en Sánchez 123). En esta afirmación, se presenta un cuestionamiento que se enlaza con el análisis de Sánchez en torno al rol mediático, pues se enfatiza cómo el tratamiento de la información adquiere la forma de un espectáculo que deriva en la captación de un mayor *rating* televisivo y la formulación de opiniones en los lectores y telespectadores que se alejan de la misión informativa de la labor periodística. Bajo este enfoque, el morbo alcanza una posición fundamental, ya que sucesos que se desprenden de la tragedia son repetidos constantemente, estableciendo ciertas naturalizaciones de fenómenos que son transmitidos desde una mirada específica que no contempla una diversidad de perspectivas y abandona los propósitos informativos acuñados por Ignacio Ramonet o Jesús González y que fueron expuestos anteriormente en esta investigación. Asimismo, la difusión de situaciones morbosas responde a la lógica económica neoliberal que se liga al avisaje y el cobro de valores mayores por publicidad ya que, a mayor *rating*, mayores ganancias (González 21). De esta manera, la información circulante sobre los saqueos y el rescate en un edificio fueron presentadas como un espectáculo post-tragedia.

Como se ha advertido ya, una de las aristas que cataloga a los desastres como configuraciones socionaturales es su abordaje en el área comunicacional. En el caso de la tragedia de 2010, este aspecto se evidencia en el tratamiento mediático de los saqueos y la

redefinición de la realidad a partir de la difusión comunicacional de la información. En su texto, Natalia Sánchez reflexiona sobre los alcances de la difusión de información en el contexto post-desastre. El análisis sostenido de la actuación de los medios de comunicación permite profundizar en la manera que la sociedad se enfrenta a ciertos fenómenos, ya que el rol informativo de los medios remite a la construcción o redefinición de la realidad.

El énfasis en cómo actuaron los periodistas en canales de televisión, emisoras de radio y diarios de circulación nacional o regional se debe a la influencia que estas plataformas poseen sobre la población. Bajo este escenario, es adecuado recordar que el modelo neoliberal busca instaurar una estructuración que controle las diversas esferas sociales en función de la combinación de libertades económicas para conglomerados y sectores privilegiados de la población bajo el lema de la búsqueda de libertad (Gaudichaud 18). No obstante, el rol de estos grupos acomodados en el tratamiento de la información, sobre todo en contexto de desastre y post-desastre, permite reflexionar en torno al real impacto que tienen en la construcción de la realidad, ya que medios de comunicación masiva como la prensa escrita o la televisión se catapultan como fuentes de información prácticamente irrefutables.

3.2 Militarización post-desastre como mecanismo de control social: Estrategia neoliberal que complejiza la democracia

En el apartado anterior, se analizó cómo la crónica de Natalia Sánchez ilustra de qué manera el actuar de los medios de comunicación, luego del terremoto y posterior tsunami de 2010, se desarrolla a partir de los nexos existentes entre la ideología neoliberal y el periodismo a través del tratamiento de la tragedia como espectáculo y la difusión de información sin una diversidad de perspectivas. En esta sección, se discutirá de qué forma el texto exhibe uno de los mecanismos usuales para controlar a la sociedad durante el contexto post-desastre: la militarización. Bajo este enfoque, el texto de Sánchez exhibe cómo una de las aristas sociopolíticas neoliberales que construyen los desastres tiene una estrecha relación con el actuar, en gran medida, represivo de las Fuerzas Armadas y de Orden.

Como ya se comentó en la sección previa, en esta crónica la autora comenta sus experiencias como practicante en el diario de circulación nacional *El Mercurio*, en medio de la gira presidencial post 27 de febrero. La actitud crítico-reflexiva de Sánchez a lo largo del texto, crea las condiciones para discutir, además del rol mediático en el tratamiento de la información, la imposición de la militarización como mecanismo neoliberal de control post-desastre. En un primer momento, la narración reconstruye el actuar agresivo, y con resultado de muerte, por parte de algunos miembros de la Armada de Chile contra un hombre de la VIII Región:

Ese jueves 11 de marzo de 2010, el diario La Tercera había titulado: “Piñera asume hoy y anuncia comité de reconstrucción”; y, más abajo, en la última línea de su portada se leía: “Detienen a 5 marinos por golpiza y muerte de hombre en Hualpén. Se trata de dos sargentos, un soldado y dos conscriptos que habrían propinado golpes a un poblador de 45 años durante el toque de queda de ayer en la comuna de la VIII Región” (47).

En esta cita, Sánchez exhibe una de las consecuencias de la imposición del toque de queda: la muerte de un poblador de Hualpén por causa del abuso de poder. En este sentido, el actuar de 5 miembros de la Armada derivó en un homicidio por el incumplimiento de la medida decretada para la Región del Biobío y Región del Maule un día después del 27F. No obstante, este hecho permite analizar, de manera más exhaustiva, cómo el despliegue de las Fuerzas Armadas y de Orden se sitúa como un mecanismo neoliberal de control social. Por lo tanto, resulta oportuno recordar cómo la imposición de la militarización se vincula a ciertos principios de la ideología neoliberal.

Tal como ha indicado David Harvey (2007), el neoliberalismo ha hecho de la defensa de las libertades individuales y de mercado sus insignias primordiales. Sin embargo, este modelo requiere de mecanismos que permitan mantener la cohesión social para evitar “un estado próximo al anarquismo social y el nihilismo” (91). Así, se “hacen explícitas las tendencias antidemocráticas del neoliberalismo a través del recurso a medios autoritarios, jerárquicos e incluso militaristas para mantener la ley y el orden” (Harvey 213). Desde esta lógica, en el caso chileno, en el contexto post-desastre, este tipo de

estrategias fueron implementadas bajo la declaración del Estado de Excepción Constitucional de Catástrofe por Calamidad Pública¹⁷. Pero, la emisión de Decretos Constitucionales que dotan de mayor autoridad y poderío a las distintas ramas de las Fuerzas Armadas, por una parte, permiten que se controle la libre circulación y, por otro lado, dan forma a una serie de situaciones que atentan contra el desarrollo de la democracia.

Desde este punto de vista, la crónica ilustra cómo la implantación del Estado de Excepción Constitucional de Catástrofe por Calamidad Pública (que utilizó a los saqueos como los sucesos de desorden para su instauración), son decisiones que interpelan atributos de la democracia como la libre circulación, posibilitan el uso de la violencia armada y que decantan en abusos de poder contra ciudadanos. Sin embargo, estos no son los únicos asuntos que se sitúan como disposiciones legales que se enlazan con el neoliberalismo, pues como declara Giroux (2006) en las sociedades neoliberales se disponen atributos legales que parecieran proteger a la ciudadanía y la propiedad pública. Pero, en realidad, estos instrumentos excepcionales pretenden dar seguridad a la propiedad privada de grandes grupos económicos de las sociedades neoliberales a través de “la condena social a los ciudadanos mediante abusos de poder, agresiones y encarcelamientos, muchas veces injustificados” (77). En palabras de Sánchez, un ejemplo de estos eventos se resume así:

Por cierto que hubo quienes agradecieron ese gesto, esas palabras y aquella presencia militar en las calles. Ninguna de ellas se encuentra entre las personas que conocería en Concepción y Talcahuano meses después, los que sólo conocieron humillaciones y malos tratos durante ese aclamado toque de queda por esas patrióticas y organizadas Fuerzas Armadas y de Orden (57).

Esta reflexión que la autora inserta en su texto muestra su interés por cuestionar las medidas establecidas post terremoto y maremoto. En este sentido, a partir de la cita se detecta cómo el discurso de agradecimiento por la presencia militar en calles de las regiones afectadas en el 27F, contrastan con las experiencias de miles de damnificados y pobladores de las localidades militarizadas. En el texto, Sánchez menciona que personas de

¹⁷ Para consultar más detalles se sugiere revisar el documento *Plan de Reconstrucción Terremoto y Maremoto del 27 de Febrero de 2010 Resumen ejecutivo* (2010).

esos lugares se mostraron afectadas por las constantes malas prácticas y tratos que recibieron por parte de los miembros de las Fuerzas Armadas nacionales. Bajo este contexto, Giroux (2006) también señala que el neoliberalismo no sólo se erige como una doctrina socioeconómica, sino también como una influencia que redefine la naturaleza real de los valores sociales y políticos (75-74). Así, el despliegue de fuerzas militares en espacios públicos “(...) ‘naturaliza’ la disminución de derechos civiles y sociales (...) y la promoción de la guerra contra todo lo que sea lo mínimo de solidaridad o lucha social de conjunto” (Giroux 77). Desde este enfoque, los valores democráticos son problematizados a través de las políticas de militarización pública en contextos de conmoción pública o desastre, ya que se normaliza el uso de la fuerza, en ocasiones, desmedida.

La obra también hace referencia a cómo la naturalización de la militarización como método de control social se enlaza con la difusión de un discurso público contradictorio por parte de autoridades gubernamentales. En el texto, este enlace se observa en los hechos ocurridos luego de una manifestación que buscaba visibilizar los errores y lentitud en soluciones habitacionales para los damnificados de 2010:

Recordaría muy bien ese día, cuando más de un año después los pobladores de Dichato se alzaron en una protesta porque aún esperaban por la reconstrucción de sus viviendas. El sábado 16 de julio de 2011 hubo una manifestación, en distintos puntos del país, por las falencias en soluciones de vivienda. A esa fecha, cientos de familias permanecían en campamentos. En Dichato, en la zona costera, el campamento El Molino realizó cortes de ruta entre la carretera que une el balneario con Tomé, enfrentándose con Carabineros. Se retiró la policía para regresar horas más tarde y bombardear el campamento con gas lacrimógeno (63).

En esta cita, es posible notar de qué manera la autora hace énfasis en la lentitud que presentan los procesos de reconstrucción post 27 de febrero. En esta línea, resulta adecuado recordar que esta demora en el otorgamiento de soluciones se debe a las falencias estatales y gubernamentales. Bajo la óptica neoliberal, el Estado debe alejarse de las temáticas ligadas a lo social, dando paso a la influencia de los sectores privados para valorizar la

provisión social con las lógicas de libre mercado, debido a las falencias que presentaría el Estado debido a que:

La intervención estatal (...) debe ser mínima porque, de acuerdo con esta teoría, el Estado no puede en modo alguno obtener la información necesaria para anticiparse a las señales del mercado (los precios) y porque es inevitable que poderosos grupos de interés distorsionen y condicionen estas intervenciones estatales (en particular en los sistemas democráticos) (...) el proceso de neoliberalización (...) sostiene que el bien social se maximiza al maximizar el alcance y la frecuencia de las transacciones comerciales y busca atraer toda la acción humana al dominio del mercado (Harvey 7-8).

La implantación del neoliberalismo ha provocado que el amplio dominio de su discurso de libre mercado se propague, incluso, a las áreas de provisión social (salud, vivienda, etc.). Por ello, esta ideología aminora el rol estatal, debido a sus aparentes falencias para atender apropiadamente las necesidades ciudadanas y la lógica de los mercados, de modo que su actuar tarda en atender requerimientos sociales, proponiendo que la real solución para el bien social es a través de las transacciones con el mundo privado. Sin embargo, al analizar este punto es posible advertir que el Estado neoliberal falla, debido a la importante disminución de su accionar, pues al privilegiar los atributos comerciales-económicos se abandonan los asuntos relativos a lo social.

Pero, en la cita de la crónica de Sánchez no solo se observa la demora en los procesos de reconstrucción de viviendas de personas damnificadas, sino también la violencia represiva de Carabineros contra manifestantes que denunciaban las falencias en materia habitacional. En principio, este fragmento muestra el actuar violento de la policía, que se ha vuelto común y se repite hasta estos días, al enfrentar distintos tipos de manifestaciones en el espacio público. Sin embargo, al hacer hincapié en la afirmación “Se retiró la policía para regresar horas más tarde y bombardear el campamento con gas lacrimógeno” (63), se observa cómo la reacción posterior de Carabineros refleja los intereses del neoliberalismo, ya que se infunde miedo en la población a partir del combate a acciones y luchas de corte sociocomunitario. Esta reacción violenta, que resalta las formas

de control social de la militarización y el despliegue policial, evidencia cómo las decisiones gubernamentales actúan como estrategias contradictorias, ya que se contraponen actitudes cercanas por parte de la autoridad y mandatos posteriores realizados por estas figuras públicas. En el texto, esto se presenta de la siguiente manera:

El mismo ministro del Interior que había caminado cabizbajo, escuchando los pesares de aquella gente, mandó reprimirlos con las Fuerzas Especiales de Carabineros, violentando a ancianos, mujeres y niños, indistintamente. Por días se prolongó la batalla, con una represión desmedida y desgarradora. Fue a través de las radios comunitarias, transmisiones por Internet que levantaron estudiantes de Concepción, que se dieron a conocer estos hechos. La viralización por las redes sociales fue tal que los medios masivos no pudieron seguir haciendo oídos sordos (63).

En esta cita, se advierte cómo el ministro del Interior de la época Rodrigo Hinzpeter, abogado, académico de la Pontificia Universidad Católica de Chile, excolaborador de directorios de corporaciones y compañías privadas y actual alto ejecutivo del Grupo Luksic, que en 2011 fue acusado constitucionalmente por “haber abusado notoriamente del poder que en tanto Ministro del Interior detenta mediante actos que constituyen flagrantes infracciones de la Constitución y las leyes” (Congreso Nacional de Chile 6)¹⁸, atiende las peticiones y reclamos de damnificados de la época. Pero, su actitud cercana y comprensiva con los afectados discrepa de las decisiones ordenadas bajo su responsabilidad ministerial con respecto al rol de Carabineros ante las protestas que demandaban soluciones: “(...) mandó reprimirlos con las Fuerzas Especiales de Carabineros, violentando a ancianos, mujeres y niños, indistintamente. Por días se prolongó la batalla, con una represión desmedida y desgarradora” (63). La contradicción entre la actitud, el discurso y las órdenes mandatadas, en este caso por el ministro del Interior, dan cuenta de la oposición de ideas. Se nota el ánimo comprensivo inicial de colaborar con los afectados, pero luego se observa en la represión violenta en contra de los pobladores y sus familias, quienes solicitaban

¹⁸ Véase documento *Acusación Constitucional Ministro del Interior y Seguridad Pública señor Rodrigo Hinzpeter Kirberg* (2011).

rapidez para soluciones habitacionales. Desde esta perspectiva, la cita evidencia cómo la difusión de un discurso público solidario contrasta con el uso de la fuerza policial como mecanismo de control social que infunde terror y pretende dominar a la ciudadanía. De igual forma, es posible notar de qué manera las medidas represivas, en pleno contexto post-desastre, se ligan a los valores neoliberales que buscan combatir a las redes comunitarias y solidarias que solicitaban justicia y soluciones.

A lo largo de esta sección se ha discutido cómo la militarización a través del despliegue militar y policial en las calles, la implantación de toques de queda y la facultación de autoridad para Fuerzas Armadas y de Orden en ciertos contextos como los escenarios post-desastre, ha implicado la dominación social, la generación de terror en la ciudadanía y la naturalización del poderío armado en los espacios públicos. Además, estos mecanismos de control y organización también llevan consigo la distorsión del rol estatal ante la percepción pública, pues estas estrategias podrían dar paso a que la ciudadanía capte al Estado como una institución dañina o peligrosa. En la crónica, la autora presenta esta percepción social de la siguiente forma:

La madrugada del 20 de julio se transmitían testimonios por las redes sociales: “Las lacrimógenas las están tirando dentro de la aldea. Salió toda la gente a la calle, hay cerca de 600 vecinos y los pacos siguen tirando bombas ... aquí hay niños, ancianos”, relató una pobladora. “El gobernador dijo que no había dado la orden a Carabineros para entrar a la aldea, ahora solo se lava las manos. Los niños y adultos están acá sufriendo la represión, ya no podemos dormir tranquilos”, dijo María, otra vecina (64).

La difusión de testimonios sobre la violencia policial fue clave para el conocimiento del actuar de Carabineros en las localidades damnificadas. Las declaraciones de pobladores acerca de la represión, incluso meses después del terremoto y tsunami, permiten comprender cómo las acciones de la policía son similares a las del contexto post 27F más inmediato. Así, en un contexto post-desastre con meses de diferencia, las decisiones para controlar a la ciudadanía continúan perpetuando mecanismos como la militarización y el despliegue de fuerzas policiales. Sin embargo, a raíz de esta violencia armada se evidencia

de qué manera la percepción pública del rol estatal se ajusta a una imagen del Estado como ente dañino y peligroso. En este contexto, Mark D. Anderson (2011) comenta que:

(...) the key point of dispute in the wrangling over interpretation of the disaster was (...) that in situations in which the state exercises repression against its own citizens, the state itself may come to be considered a hazard. Even when repression is absent, citizens may assume this viewpoint when the state fails to respond adequately to their needs during situations of disaster, particularly when they recognize that the modern state distributes risk in a highly unequal fashion (Anderson 134).

Anderson afirma que la imagen pública del Estado adquiere, ante los contextos de desastre y post-desastre, una percepción negativa, porque daña a sus propios ciudadanos a través de la represión y la violencia ejercida por agentes subordinados a la democracia como las Fuerzas Armadas y de Orden. Sin embargo, cuando los miembros de estas fuerzas actúan como figuras abusivas, la población percibe que una de las causas de su desamparo, riesgo y vulnerabilidad es el peligro que el aparato estatal representa para ellos a través de métodos de dominio que los humillan y violentan. Asimismo, la falta de rapidez y soluciones ante la ocurrencia de eventos naturales que derivan en desastres aumentan la impresión de un Estado indiferente o peligroso que hace diferencias entre ciudadanos de sectores acomodados y populares. En el texto de Sánchez, se ilustra cómo la impotencia de los damnificados se da por la lentitud y por la represión que los aqueja en pleno auge de su desgracia:

Las palabras de una mujer de nombre Lorena reflejaban la impotencia acumulada en el tiempo: “aquí ha sido terrible, ha sido una mierda, esto es una guerra: La política de Piñera, de Hinzpeter, los Carabineros de Chile han tirado perdigones a los hombres, mujeres y niños. Aquí ha sido una guerra, estamos siendo invadidos por Fuerzas Especiales porque estamos por la

reconstrucción. Nos han tirado mínimo unas 150 lacrimógenas. Aquí tenemos una guerra por nuestras vidas y nuestra dignidad” (64).

Desde este enfoque, se exhibe cómo la invasión de Fuerzas Especiales entorpece la búsqueda de soluciones a los damnificados que protestaron para evidenciar su descontento por la lentitud estatal. En este sentido, se torna factible recordar lo propuesto por Naomi Klein (2007) quien comenta que “doctrina del shock neoliberal” utiliza al capitalismo y al libre mercado como implementos que violentan a los individuos por medio de “ataques organizados contra las instituciones y bienes públicos, siempre después de acontecimientos de carácter catastrófico, declarándolos al mismo tiempo atractivas oportunidades de mercado, reciben un nombre (...) «capitalismo del desastre»” (15). De hecho, el capitalismo del desastre permite atentar contra las personas afectadas, incluso, convirtiendo espacios sacudidos por eventos naturales en una suerte de zonas de guerra conformadas por sobrevivientes que adquieren rasgos criminales de protesta (15). Por ello, la violencia policial expone un actuar del Estado que lo presenta como una institución negativa que se enfrenta a sus ciudadanos y no atiende satisfactoriamente sus necesidades.

A partir del análisis de la militarización post-desastre, la contradicción de los discursos públicos gubernamentales, la percepción ciudadana del Estado y sus agentes subordinados, es posible notar de qué forma el despliegue militar y policial se inserta como un mecanismo de dominio y organización social que responde a los principios neoliberales. Como ya se ha advertido, el neoliberalismo es una ideología sociopolítica que permea diversas esferas de la realidad social, de modo que el uso de la militarización pretende controlar aspectos como la libre circulación por espacios públicos, promocionar la naturalización de figuras armadas e implementar la atribución de autoridad a miembros de las Fuerzas Armadas y de Orden. No obstante, el uso de esta estrategia, en contextos de desastre, posibilita abusos de poder, represión social y hechos de violencia. De igual forma, su implementación sugiere que la ciudadanía perciba que las autoridades ejecuten órdenes que atentan contra su integridad y se alejan de la toma de decisiones favorables que se ocupen de su dignidad y solucionen sus problemáticas. Por tanto, la percepción social del Estado se posiciona desde lo negativo y se ajusta a los principios del neoliberalismo que ubican al aparato estatal como una institución compleja, lenta y con alcances reducidos.

Conclusiones y proyecciones

En esta investigación se ha demostrado que las dos crónicas estudiadas evidencian, a través de sus potenciales discursivo-ficcionales explícitos y simbólicos, la ocurrencia de desastres a partir de la exhibición de las fallas del modelo neoliberal imperante en la sociedad. Esto es posible, ya que los textos analizados construyen una imagen de la realidad social nacional que expone cómo la instalación y el desarrollo de la ideología neoliberal ha desplegado una lógica que permea diversas esferas de la realidad, de modo que los desastres derivados de efectos naturales y sus alcances se configuran como construcciones sicionaturales. Esto concuerda con lo planteado por Mark D. Anderson (2011) respecto de que las obras literarias latinoamericanas, desde la época de independencia, han reflejado la convergencia de las nociones de desastre, el actuar político, el rol de las prácticas culturales y la construcción de crítica social. Desde este punto de vista, la literatura de desastres se erige como un espejo que reconstruye falencias y puntos débiles en torno a la ocurrencia de entramados sicionaturales derivados de eventos plenamente naturales.

En las siguientes páginas, que forman parte de la conclusión de esta investigación, se pretende sintetizar qué conocimientos o evidencias revelan las crónicas que formaron parte del objeto de estudio respecto de las fallas del neoliberalismo y sus implicancias en los desastres a modo de discursos que dialogan con textos de divulgación que han puesto a circular conocimientos vinculados con los estudios culturales acerca de los desastres y el modelo neoliberal. Además, se buscará explicitar la relevancia de la presencia de componentes relacionados con el rol comunicacional en el contexto post-desastre, facilitando la comprensión del nexo desastres-periodismo-neoliberalismo.

Tal cómo se mencionó en la introducción de esta investigación, en la historia de la literatura, especialmente la de América Latina, se hallan narraciones ficcionales y relatos populares que abordan la ocurrencia de sismos y tsunamis que conllevan acontecimientos inexplicables, colapsos espacio-geográficos del mundo rural y urbano, el fallecimiento de personas y la generación de damnificados. Al tomar esta idea como componente clave, es inevitable recordar las consideraciones del cantautor y escritor Patricio Manns, expuestas en la introducción, acerca de la necesidad de educar a la ciudadanía respecto de desastres, sismos y las consecuencias trágicas que contempla la desinformación sobre cómo actuar y

de qué manera entender estos fenómenos. Asimismo, se torna relevante recordar el estudio de literatura sísmica chilena realizado por Eduardo Aguayo a través de lecturas comparativas en torno a las figuras de la ruina y el prodigio y, en esta misma línea, las reflexiones de Faride Zerán sobre distintas obras de literatura sísmica que catapultan a Chile como un territorio narrable y sísmico por naturaleza. No obstante, es posible notar que la academia y la crítica no ha considerado la representación del desastre y sus incidencias en la literatura como un eje estudiado ampliamente. Desde esta perspectiva, se abre la posibilidad de ahondar en el análisis de la escritura de desastres en Chile, tomando como punto de partida las crónicas de Villoro y Sánchez, ya que abordan la configuración de desastres como entramados socionaturales que derivan de las fisuras del modelo neoliberal que permea diversas esferas de la realidad.

El análisis de los textos aquí estudiados ha permitido identificar cómo cada uno documenta características que instalan a los desastres como construcciones socionaturales que se sustentan en la instalación de las lógicas neoliberales a partir del año 1975. En el caso de 8.8 *El miedo en el espejo. Una crónica del terremoto en Chile*, de Juan Villoro, se relata la ocurrencia del terremoto de 2010 desde la prosa narrativo-literaria, los enlaces con el terremoto 8.1 de 1985 en México y la descripción de experiencias del autor como reflejo de una narración protagonista-testigo. Asimismo, Villoro combina las estrategias narrativo-literarias para ilustrar y revelar las fallas preexistentes en la sociedad chilena neoliberal, estas son, la construcción social del riesgo, la aparente irresponsabilidad exculpatoria de empresas, la carencia de mecanismos de relación socioafectiva entre los individuos y la vulnerabilidad que afecta a sectores específicos de la sociedad.

En tanto, la crónica 27F. *Los otros damnificados. Crónicas de una periodista en práctica*, de Natalia Sánchez, presenta las vivencias post-desastre desde una perspectiva autobiográfica, periodística, personal y testimonial, a partir de su práctica profesional en la sección “Política” en el diario *El Mercurio*. De este modo, la autora relata experiencias que se posicionan como rasgos que aluden al tratamiento de la información de los desastres como espectáculo por parte de los medios de comunicación, así como la implementación de la militarización post-desastre como estrategia de control y organización social que se contrapone a los principios de la democracia. De igual manera, Sánchez esboza críticas al

quehacer periodístico en torno al abordaje y la difusión de la tragedia ocasionada por el 27F.

Desde esta perspectiva, al examinar dos crónicas que forman parte de la literatura chilena contemporánea desde un acercamiento cultural y literario, es posible advertir que el desastre del 27F revela las fallas sociales y políticas del modelo neoliberal implementado en Chile. En esta línea, las obras del objeto de estudio juegan un rol fundamental no solo en la exhibición de las fisuras neoliberales, sino también en el cuestionamiento a las construcciones locales de las nociones de desastre, riesgo y vulnerabilidad. Por tanto, la investigación permite distinguir bajo qué mecanismos la ideología estudiada permea la constitución de los desastres como fenómenos sicionaturales, a partir de aristas como la construcción social del riesgo, la doble moral social, la ambivalencia humana en torno a las relaciones socioafectivas poco empáticas, la desigualdad social, la difusión de información y la ejecución de estrategias militares que complejizan los principios democráticos, protegiendo la propiedad privada.

Es por esto que asuntos como los ya mencionados podrían ser revisados de manera más exhaustiva en futuras investigaciones que analicen, aún más, los vínculos entre el desastre y el neoliberalismo desde perspectivas antropológicas y sociológicas. Así también, un segundo foco de estudio radica en la escritura de desastres en distintos momentos de la historia de Chile, evaluando modos de actuar de ideologías sociopolíticas de las épocas en que acontecieron. Otra línea de investigación reside en las múltiples referencias, que en ambos textos estudiados aparecen, a escritores y figuras públicas, con el fin de ahondar en aspectos como la intertextualidad en términos culturales, históricos y literarios. Adicionalmente, se podría evaluar el estudio profundo de los elementos y mecanismos literario-ficcionales que componen las crónicas de Villoro y Sánchez, estableciendo nichos como el rol de fuente de consulta histórico-literaria de lo acontecido en febrero de 2010.

Referencias bibliográficas

Fuentes primarias:

Sánchez, Natalia. 27F. *Los otros damnificados. Crónicas de una periodista en práctica*. Ceibo ediciones-Instituto de la comunicación e imagen Universidad de Chile (ICEI), 2014.

Villoro, Juan. 8.8 *El miedo en el espejo. Una crónica del terremoto en Chile*. Interzona, 2010.

Fuentes secundarias:

Aguayo, Eduardo. “Entre la ruina y el prodigio: narrativas del desastre en la literatura sísmica chilena”. *Argos*, vol. 32, núm. 63, 2015, pp. 15-33.

Anderson, Mark D. *Disaster Writing. The Cultural Politics of Catastrophe in Latin America*. University of Virginia Press, 2011.

Araujo, Kathya. “Sujeto y neoliberalismo en Chile: rechazos y apegos”. *Nuevo Mundo Mundos Nuevos. Nouveaux mondes mondes Nouveau*, junio de 2017, pp. 1-15.

Catrileo, María. “Nguillatun”. *Diccionario Lingüístico-Etnográfico de la Lengua Mapuche*. Editorial Andrés Bello, 1995, pp. 204.

Chicago Boys. Dir. Carola Fuentes y Rafael Valdeavellano. La Ventana Cine, 2015. Documental.

Chillón, Albert. *Literatura y periodismo. Una tradición de relaciones promiscuas*. Universitat Autònoma de Barcelona, 1999.

Congreso Nacional de Chile. *Acusación Constitucional Ministro del Interior y Seguridad Pública señor Rodrigo Hinzpeter Kirberg*. Biblioteca del Congreso Nacional de Chile, 2011.

Daher, Antonio. “Neoliberalismo urbano en Chile”. *Estudios Públicos*, núm. 43, 1989, pp. 281-299.

De Castro, Sergio. *Chicago Boys*. Debate, 2021.

De Rosales, Diego. *Historia general del reino de Chile*. Ed. Benjamín Vicuña Mackenna. Imprenta del Mercurio, 1877 [1674].

Escalante, Fernando. “El origen”. *Historia mínima del neoliberalismo*, El Colegio de México, 2015, pp. 19-43.

Esquivada, Gabriela. “Los nuevos cronistas de América Latina”. *Tras las huellas de una escritura en tránsito: La crónica contemporánea en América Latina*. Ed. Graciela Falbo. Ediciones Al Margen, 2007, pp. 111-140.

Ffrench-Davis, Ricardo. “Chile entre el neoliberalismo y el crecimiento con equidad”. *Revista de Economía y Política*, vol. 22 núm. 4, octubre-diciembre 2002, pp. 594-612.

García Acosta, Virginia. “El riesgo como construcción social y la construcción social de riesgos”. *Revista Desacatos*, núm. 19, 2005, pp. 11-24.

Gaudichaud, Franck. “La vía chilena al neoliberalismo: de la (contra)revolución capitalista cívico-militar a la democracia neoliberal protegida actual”. *Las fisuras del neoliberalismo maduro chileno. Trabajo, “Democracia protegida” y conflictos de clases*. Clacso, 2015, pp. 16-26.

---. “La vía chilena al Neoliberalismo. Miradas cruzadas sobre un país laboratorio”. *Revista Divergencia*, núm. 6, 2016, pp. 13-28.

Giroux, Henry. “El neoliberalismo y la crisis de la democracia”. *Anales de la educación común*, vol. 1, núm. 1-2, 2006, pp. 315-321.

Gobierno de Chile. *Plan de Reconstrucción Terremoto y Maremoto del 27 de Febrero de 2010. Resumen ejecutivo*. Concepción: Ministerio de Planificación, Ministerio del Interior y Seguridad Pública, Ministerio de Obras Públicas, Ministerio de Hacienda y Ministerio Secretaría General de la Presidencia, 2010.

González, Jesús. *Medios de comunicación ¿Al servicio de quién?*. Clacso, 2019.

Harvey, David. *Breve historia del neoliberalismo*. Trad. Ana Varela Mateos. Akal, 2007.

Klein, Naomi. *La doctrina del shock. El auge del capitalismo del desastre*. Trad. Isabel Fuentes García, Albino Santos Mosquera y Remedios Diéguez Diéguez. Ediciones Minicaja, 2007.

Manns, Patricio. *Los terremotos chilenos. Libro primero*. Quimantú, 1972.

Ministerio del Interior y Seguridad Pública. *Política Nacional para la Reducción del Riesgo de Desastres (PNRRD 2020-2030)*. Santiago de Chile: ONEMI, 2020.

Poblete, Patricia. “Las narrativas del Yo en la crónica contemporánea”. *Anales de Literatura Hispanoamericana*, vol. 43, 2014, pp. 241-254.

---. “Crónica narrativa latinoamericana actual: los límites de lo real”. *Literatura y lingüística*, núm. 40, 2019, pp. 95-112.

---. “Crónica narrativa contemporánea: enfoques, deslindes y desafíos metodológicos”. *Literatura mexicana*, vol. 31, núm. 2, 2020, pp. 133-153.

RAE. “striptease o estriptís”. Def. 1. *Diccionario de la Lengua Española*, 2022, <https://dle.rae.es/estriptis#SVoNI2u>. Accedido el 22 de septiembre de 2022.

Ramonet, Ignacio. *La tiranía de la comunicación*. Debate, 1998.

Ramos, Julio. *Desencuentros de la modernidad en América Latina. Literatura y política en el siglo XIX*. Clacso, 2021 [1989].

Remón Reillard, Margarita. “La productividad cultural de la crónica como a través de su potencial dialógico en torno a 8.8: *El miedo en el espejo. Una crónica del terremoto en Chile* de Juan Villoro”. *Acontecimientos históricos y su productividad cultural en el mundo hispánico*. Eds. Marco Kunz, et.al. LIT Ibéricas, 2016, pp. 73-84.

Romero, Gilberto y Andrew Maskrey. “¿Cómo entender los desastres naturales?”. *Los desastres no son naturales*. Comp. Andrew Maskrey. Red de Estudios Sociales en Prevención de Desastres en América Latina, 1993, pp. 6-10.

Rotker, Susana. *La invención de la crónica*. Ediciones Letra Buena, 1992.

Saavedra, Juan y Víctor Marchezini. “Procesos de recuperación posdesastre en contextos biopolíticos neoliberales: los casos de Chile 2010 y Brasil 2011”. *ÍCONOS Revista de Ciencias Sociales*, vol. 24, núm. 66, 2020, pp. 131-148.

Saavedra, Juan. “Gobierno del desastre en el neoliberalismo: Una mirada genealógica desde los terremotos en Chile durante el siglo XX”. *Revista de Estudios Latinoamericanos sobre Reducción del Riesgo de Desastres*, vol. 5, núm. 2, 2021, pp. 48-62.

Urrutia de Hazbún, Rosa y Carlos Lanza Lazcano. *Catástrofes de Chile 1541-1992*. La Noria, 1993.

Villanueva Chang, Julio. “El que enciende la luz. ¿Qué significa escribir una crónica hoy?”. *Antología de crónica latinoamericana actual*. Ed. Darío Jaramillo Agudelo. Alfaguara, 2012, pp. 583-606.

Winckler, Patricio, et.al. “Observaciones de campo del tsunami del 27 de febrero de 2010 en isla Robinson Crusoe, Archipiélago de Juan Fernández”. *Revista de la Sociedad Chilena de Ingeniería Hidráulica*, vol. 25, núm. 1, diciembre 2010, pp. 1-12.

Zárate, Julio. “8.8 o la crónica de un instante caótico, de Juan Villoro”. *Anales de Literatura Hispanoamericana*, vol. 42, núm. especial, 2013, pp. 95-105.

Zerán, Faride. “Literatura sísmica para leer entre réplicas”. *Revista Anales*, núm. 1, mayo 2011, pp. 129-137.